Comedias



ANTONIO PLAÑIOL — *Caricatura de TOVAR*

Enrique Suárez de DEZA ¡Padre!

La comedia nueva o el café MORATIN

4

50 céntimos.

NUM. XLVII 8 DE ENERO DE 1926 AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANDRES GUILMAIN

GERENTE: BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 © MADRID © Apartado 8.036

Precios de suscripción —*España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año, 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

En el próximo número

La pastorela

de

F. Luque y E. Calonge

— y —

La importancia de la seriedad

de

Oscar Wilde

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

ENRIQUE SUÁREZ DE DEZA

¡PADRE!

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro de la Latina, el 6 de diciembre de 1926.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CORAL	Fifí Morano.
MARTA	Eloísa Vigo.
JUANA	Felisa Torres.
JEROMA	Dolores Sanz.
RAMONA	Angeles Somavilla.
FLORENCIO	Francisco Morano.
JAVIER	Marcial Morano.
IGNACIO	Enrique Ponte.
JEROMÍN	Federico Morano.

ACTO PRIMERO

Capital de provincia. Gabinete elegante. Primavera. Escena sola.

Se oye un timbre y cruza Ramona.

RAM. Pasa, Juana, pasa... No te quedes ahí; entra...
JUANA. Sí, me voy en seguida...
RAM. No importa; pasa.
JUANA. ¿Está tu señorita?
RAM. Arreglándose. ¿Venías a verla?
JUANA. Sí, mujer, de parte de mi señor.
RAM. Pues ahora saldrá; pero si tienes prisa la llamo.
JUANA. Deja. No hace falta. Esperaremos. *(Pausa.)* Pero, oye, ¿arreglándose a estas horas?
RAM. Claro; como que dentro de poco llega ese hermano suyo de no sé dónde.
JUANA. Ya sé. Más trabajo para ti, ¿eh?
RAM. No creas. El pobre señor no da nada que hacer. Viene, y visto y no visto, a las dos horas ya se ha marchado; la señorita le llama el hermano ciclón.
JUANA. ¡Ay, hija! Tú eres dichosa. Te envidio.
RAM. ¿Por qué?
JUANA. Por tu vida, que es tan distinta de la mía. Tú, aquí tranquila, apenas sin trabajo, viviendo sin temores ni sobresaltos...
RAM. Cualquiera diría que tú...
JUANA. Yo es diferente. Mi vida es como la de mis amos, y eso ya es otra cosa. ¡Continuamente de un sitio para otro, sin parar nunca!... No, no, hija, no... Llega una a cierta edad en que es necesario un poco de tranquilidad y de descanso.
RAM. Pues mira lo que son las cosas. Yo también te envidio a ti. Tú no sabes lo que es esto. Todos los días iguales, y las semanas y los meses y los años... Es morirse de aburrimiento. Solamente cuando viene el hermano ciclón levanta un poco de aire, pero luego... todo igual como antes.
JUANA. En fin, que tú te quejas y yo me quejo...
RAM. Y no debíamos quejarnos ninguna, ¿no es cierto?
JUANA. ¡Claro, mujer! Que tú estás muy bien con tu señorita y su hijo...
RAM. Y tú mejor con tu señorito y su hija...

JUANA. ¿Yo? *(Pausa.)* Sí...
RAM. Lo dices de un modo... ¿Pasa algo?
JUANA. Nada, mujer.
RAM. Sé franca. ¿Es que acaso tu señorito te trata mal?
JUANA. ¿Qué dices? Mi señorito es más bueno que el pan, lo mejor que hay en el mundo. ¿Por qué has pensado eso?
RAM. Qué sé yo. ¡Perdóname! Como las gentes de aquí no le conocen y hablan y dicen...
JUANA. Sí, ya sé. Claro... *(Pausa.)*
RAM. Pero él se tiene la culpa. Porque tú díme, ¿es natural que acabando de llegar a un sitio no quiera tratarse con nadie y huya de la gente y se pase los días y las noches casi encerrado?
JUANA. Eso no. El se trata con tu señorita y con su hijo.
RAM. ¡Hum! Los únicos en toda la ciudad. Fuera de ellos, nadie ha podido dirigirle la palabra. Y si fuera un cualquiera, pues no chocaría; pero como es muy rico y tiene un aire de gran señor, ¿comprendes?, pues ya la cosa tiene más importancia.
JUANA. Pero, mujer, es que no le gusta la gente, es su manera de ser, su carácter...
RAM. Sí, sí... No es eso lo que dicen por ahí...
JUANA. ¿Qué dicen?
RAM. Que tu amo trae algo que viene de muy lejos, de muy largo; algo que no se sabe todavía, pero ya se sabrá.
JUANA. ¿Cómo?
RAM. Y por eso huye de todos, para que no le conozcan.
JUANA. ¡Mentira! Mi amo no ha hecho nada malo, ¿lo oyes? Nunca, nunca.
RAM. Lo creo, mujer, lo creo. Tu amo puede ser un santo, pero quítale tú a la gente que hable y que murmure... *(Viendo que Juana no responde.)* Porque murmuran... Y ¿no piensas que, en el fondo, la gente no se equivoca y que, bueno o malo, debe haber algo?... Contesta.
JUANA. *(Débilmente.)* Yo no sé... Yo no sé nada...
RAM. Contesta.
JUANA. *(Como hablando consigo misma.)* La verdad es que no paramos en ninguna parte...; pero vaya usted a saber el motivo. Chifladuras del señor, que se cansa de estar en todos los sitios... Sin embargo, aquí llevamos más de un año...
RAM. Por eso la gente...
JUANA. La gente, la gente... ¿Sabes tú lo que dice mi

señor? Pues que la gente es muy mala, que siempre ve lo que no hay, y que las mujeres somos todas unas cotorras... Y aunque a mí me parezca... lo que me parezca, si quiero seguir con él, no debo enterarme de nada, ni meterme en nada. Y no me entero y no me meto.

RAM. Pero si yo no quiero que me cuentes nada... Ahora, que como se dice por ahí que si una vez tuvo un novio la señorita..., y que si don Florencio le echó de casa o que si le amenazó de muerte, y el hombre se asustó y se fué a contárselo al juez, y ellos... pues tuvieron que salir de aquel pueblo más que de prisa...

JUANA. ¡Mentira! ¿Ves tú? ¡Mentira! En todo eso no hay nada de cierto. Que la señorita Coral tuvo un pretendiente una vez sí es verdad, pero casi no llegó a ser novio, aunque bien entusiasmado que estaba. Y una tarde se encerraron los dos y hablaron mucho, mucho... Y después...

RAM. ¿Fué?

JUANA. Pues nada. Al otro día el pretendiente no vino y dijo, creo que en una carta, que tenía que marcharse de viaje. Y no volvió más. Pero don Florencio no se metió en nada, ni nada le dijo.

RAM. ¿Y no volvió más? ¿Por qué?

JUANA. ¡Vaya usted a saber! Ni el padre ni la hija se han vuelto a acordar de él nunca, como si no lo hubieran conocido...

RAM. Es extraño. ¿Pero ella le quería?

JUANA. ¡Ca! Ni a él, ni a ninguno. A ella no le importan los hombres. Vive sólo para su padre, para atenderlo y mimarlo, nada más. Parece que odia a todos los hombres, como si alguno le hubiera hecho algo malo...

RAM. ¿Tú qué crees?

JUANA. ¡Ay, mujer, yo no creo nada! Yo sólo digo que mi señorita es la mujer más buena y más honrada que hay en el mundo.

RAM. ¡Calla! La señora. *(Pausa.—Entra Marta.)*

MARTA. Hola, Juana. Buenas tardes.

JUANA. Buenas tardes, señorita.

MARTA. ¿Cómo tú por aquí?

JUANA. Pues venía un momento a verla de parte de don Florencio...

MARTA. Pero, mujer, siempre andas huída de nosotros... Bueno, ¿y a qué te mandaba tu amo?

JUANA. Pues a decirles que, puesto que hoy llega el hermano de la señorita, que ellos no bajarán esta tarde...

MARTA. No, no; no importa... Díles que bajen, como

todos los días. Si mi hermano no viene mas que para un momento... Además, don Florencio y su hija son tan buenos amigos y hemos intimado tanto que ya no podemos pasar sin vernos... Así, que bajen, que bajen. Lo de mi hermano no importa; al contrario, se alegrará mucho de conocerlos...

JUANA. Bien, señorita; así se lo diré. Y no venía mas que a esto. Con permiso, señorita.

MARTA. Hasta luego, Juana. Adiós.

JUANA. *(A Ramona.)* No salgas; no salgas, mujer; si sé el camino...

MARTA. *(A Ramona, que vuelve en seguida.)* ¿Qué?

RAM. Nada, señorita. No he podido sacarle nada.

MARTA. ¿Pero no te ha dicho...?

RAM. Lo de siempre, señora; lo que todos sabemos. Que el padre es un señor muy bueno, que la hija es también muy buena y, en fin, que no ha pasado nada...

MARTA. ¿Pero no te ha explicado, no te ha dado ninguna noticia de la vida de ellos?

RAM. Nada.

MARTA. ¿Tú le has dicho que la gente habla, comenta...?

RAM. Sí, señorita. A lo que me ha dicho que la gente es muy mala. Y eso que yo le he preguntao con toda mi intención; pero no ha soltao prenda.

MARTA. ¡En fin, qué se le va a hacer!

RAM. El señorito Javier.

MARTA. Está bien. Déjanos. *(Mutis de Ramona.)*

JAV. *(Entrando.)* Hola, mamá. Ya estoy de vuelta.

MARTA. ¿No ha venido tu tío?

JAV. No. Acaba de llegar el tren y no ha aparecido. Vendrá mañana.

MARTA. Pero si nos había avisado para hoy.

JAV. ¿Y eso qué importa? Ya sabes lo loco que es tío Ignacio. Viene cuando quiere, se marcha en seguida, y ni él mismo sabe de dónde viene ni a dónde va. Bajaré mañana a la estación, pero si mañana no viene ya no bajo más.

MARTA. ¿Le habrá ocurrido algo?

JAV. No creo. Lo hubiéramos sabido. Nada, que se habrá encontrado algo interesante por el camino, y como no tiene prisa, pues allí se ha quedado. Pero ¿qué pasa? ¿Estás preocupada? ¿Por el tío?

MARTA. No. Tu tío ya nos tiene acostumbrados a esto.

JAV. Entonces... ¡Ah, vamos! He visto, al entrar, a la criada de don Florencio... ¿Qué te ha dicho?

MARTA. Javier, yo necesito hablar contigo.

JAV. ¡Caramba, mamá! Tú dirás.

MARTA. ¿A ti qué te parece don Florencio? ¿Qué piensas de él?

JAV. Mamá, por Dios, ¿qué voy a pensar? Que es una persona correctísima, intachable. ¿No piensas tú lo mismo? ¿No somos nosotros los únicos que lo tratamos con intimidad? ¡Pues entonces! ¡Señor, qué afán de querer buscar misterios donde no los hay! Este señor tiene su carácter; pero la imaginación de la gente es tan loca que qué sé yo lo que piensan; hasta que estará huyendo de la policía... Además, mamá, permíteme que te diga que desde hace algún tiempo te estás interesando demasiado por la persona de don Florencio.

MARTA. Sí, hijo mío. No te lo niego; es verdad. Pero ese interés no es por mí; es por ti.

JAV. ¿Qué dices?

MARTA. ¡Javier! Hablemos claro. Aunque joven, no soy, ni quiero ser, mas que madre. Yo no he vivido más que para ti; he sido como una compañera tuya. Tú no tenías derecho a ocultarme nada; nunca lo hiciste, y, sin embargo, ahora siento que hay un secreto en tu corazón y que hay algo donde yo no he llegado.

JAV. ¿Y qué es?

MARTA. Es... que estás enamorado de la hija de don Florencio. ¿Es eso?

JAV. Pues bien, sí. Eso es.

MARTA. ¿Y no te da pena que tenga yo que decírtelo, cuando eras tú quien debía habérmelo dicho?

JAV. Es que yo no lo había dicho a nadie. Ni a ella. Ni a mí mismo. Yo sentía que la quería. Pero mi amor era tan puro que, para no mancharlo, no me atrevía a pensar que era amor. Yo lo sé; tú lo adivinaste, y estoy seguro que ella también lo ha comprendido. Pero, aun sabiéndolo todos, nadie habló de ello nunca. Esta es la primera vez.

MARTA. Comprenderás ahora mis deseos en saber quién era don Florencio.

JAV. ¡Pero, mamá, por Dios! ¡Si don Florencio es todo un caballero!

MARTA. Sí, hijo mío; pero no hace mas que un año que le conocemos, y la gente...

JAV. Bueno, ¿y ella? ¿Qué te parece ella?

MARTA. ¿Ella? Muy bien. Es buena, simpática, rica.

RAM. *(Entra corriendo.)* Señorita, señorita... Aquí está. Acaba de llegar... Acaba de llegar...

MARTA. ¿Mi hermano?

JAV. ¿Cómo?

RAM. ¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! *(Mutis.)*

IGN. *(Entrando, con un maletín en cada mano, muy jovial.)* ¡Hola!... ¡Buenas tardes!
MARTA. ¡Ignacio!
IGN. ¿Qué hay, hermana? ¡Siempre tan guapa! Caray, chica; por ti no pasan los años. Y tú, Javier; ¡un abrazo, muchacho!
JAV. ¡Tío Ignacio!
IGN. ¡Fuerte! ¡Demonio, casi un año que no os veía!
MARTA. Siéntate, hombre; siéntate.
JAV. Pero ¿por dónde has venido?
IGN. Por la carretera, en auto.
JAV. ¡Así podía yo esperarte!
MARTA. ¿Y a donde vas?
IGN. A Sevilla.
MARTA. ¿Estarás unos días con nosotros?...
IGN. ¡Ca, imposible! Tengo mucho que hacer.
MARTA. No nos quieres, Ignacio.
IGN. Sí, hija, sí. ¡No he de quereros! Sois parte de la infinita familia que tengo perdida por el mundo... A todos os quiero, pero ya conocéis mi carácter: me gusta andar de un lado para otro, y ser en todos ellos ave de paso...
MARTA. Hasta que te sientas muy viejo y precises un nido... ajeno en donde descansar.
IGN. ¡Ja, ja! ¡Si tan largo me lo fías...! Bueno, ¿y qué es de vuestra vida?
MARTA. Siempre la misma. *(Cruza Ramona con dos maletas.)* Para nosotros no hay más acontecimiento que estas pequeñas visitas tuyas.
JAV. Ahora, que son relámpago, querido tío.
MARTA. Pero ésta no, ¿verdad? Esta será más larga.
IGN. No, hija. No insistas. Es mi costumbre, y mira, quitarme una costumbre es matarme. Soy ya un poco maduro para cambiar de vida, y mi vida es ésta: pasar. Pasar por todas partes, sin quedarme en ninguna.
MARTA. ¿Sin ningún incidente más?
IGN. Sí, mujer. Hace dos meses, ¿no sabéis lo que me sucedió?
JAV. ¿Qué fué?
IGN. ¡Ah, una cosa originalísima! Quisieron casarme.
MARTA. Cuenta, cuenta.
IGN. Fueron dos ojos negros, dos magníficos ojos negros de mujer. Nos pusimos a charlar los ojos y yo, y hubo un momento terrible de peligro. Aquellos ojos estaban tan cerca y eran tan inmensos, tan profundos y tan negros, que amenazaban tragarme...
JAV. Pero, vamos, te libraste...

IGN. ¡Claro! Yo dije «paso» y pasé, y toda la vida seguiré pasando.

MARTA. Pues lo siento. Ya es hora de que descanses. Esta vida tuya...

IGN. ¡Por Dios, hermana! La vida de cada uno es como cada uno la hace. La mía, un torrente; la vuestra, un lago. Y tú, querido sobrino, ¿qué hay, qué cuentas?

JAV. Pues ya ves. Lo de siempre. Salimos poco. Tratamos a poca gente...

MARTA. Solamente hemos intimado con estos señores de arriba. Muy simpáticos, por cierto: don Florencio Gabdi y su hija.

IGN. ¿Qué? ¿Florencio Gabdi has dicho?

MARTA. Sí. ¿Qué pasa?

JAV. ¿Le conoces?

IGN. ¡Claro, no he de conocerle! ¡Qué casualidad! Gran amigo mío. ¿Y decís que vive aquí arriba?

JAV. Sí; ¿quieres que le llamemos?

IGN. ¡Desde luego! ¡Menuda sorpresa va a tener! Decidle que hay *alguien* que desea verle.

MARTA. ¡Ramona, Ramona!

RAM. *(Entrando.)* Señora.

MARTA. Suba usted y diga a don Florencio que les esperamos.

RAM. En seguida. *(Mutis.)*

IGN. ¡Bien, hombre, bien! ¡Quién iba a decirme que había de encontrarme aquí con Florencio!... ¿Veis lo que son las cosas? El veros me alegra; pero era cosa sabida. El verle a él es lo inesperado. Y a mí me encantan siempre las sorpresas.

JAV. ¡Qué loco eres!

MARTA. No sabes la alegría que siento al saber que le conoces. Y ahora, antes de que llegue, nos vas a hablar de él... Tú le conoces bien, ¿verdad?

IGN. Y tan bien. Juntos estudiamos en la Universidad; él era bastante mayor que yo; juntos hemos convivido... largo tiempo. Luego, la vida nos separó y fuimos por caminos distintos... Hace ya bastantes años que no le veo; pero para él siempre hay un recuerdo en mi corazón, como creo que para mí siempre hay uno en el suyo.

MARTA. Entonces tú podrás decirnos, Ignacio... ¿Quién es don Florencio?

IGN. ¿Cómo que quién es? ¿Por qué dices eso?

MARTA. Porque es un hombre muy especial; no se tra-

ta con nadie, cambia de vida constantemente, y esto a la gente le intriga y murmura y sospecha...

IGN. Sospecha ¿qué? Nada que sea indigno, por supuesto. Florencio es todo un caballero.

MARTA. ¿Lo dices tú?

IGN. Lo digo yo, y te lo digo a ti, que eres mi hermana.

JAV. Gracias, gracias, tío Ignacio.

IGN. Gracias ¿por qué?

JAV. Por algo que significa mucho para mí. Es una gran tranquilidad la que me has dado. ¿Verdad, mamá?

MARTA. Sí, hijo mío. Gracias de veras, Ignacio. Eramos felices en nuestra vida vulgar y tranquila, hasta que nació una inquietud. Tú ahora nos la acabas de quitar. Javier puede ser feliz, y yo, al saberlo, soy dichosa por completo.

IGN. Pero, bueno, ¿qué ocurre?

JAV. Silencio, que ya vienen.

RAM. *(Anunciando.)* Don Florencio.

MARTA. Que pase. *(Pausa. Entra Florencio seguido de su hija.)*

FLOR. Buenas tardes.

IGN. ¡Florencio! ¿Pero, hombre, no me conoces ya?

FLOR. No, no... No sé, no...

MARTA. Es mi hermano.

IGN. ¡Alzaga! ¿No te acuerdas de Ignacio Alzaga?

FLOR. ¡Ah! ¡Sí, hombre, sí! ¡Ignacio, Ignacio! *(Se abrazan.)*

IGN. ¡Pero, chico, qué viejo estás!

FLOR. ¡Y tú qué joven!

IGN. Algo conservamos, ¿eh? La línea...

FLOR. Si yo te creía muerto.

IGN. ¡Hombre!

FLOR. Quedamos tan pocos de aquéllos, de los nuestros, de la pandilla, que éramos, más que amigos, como hermanos... Chico, qué alegría. Espera. espera. Voy a presentarte a mi hija. Ven.

IGN. Guapa, guapa, guapa. Pero no sabía que te hubieras casado.

FLOR. Estoy viudo.

IGN. Pues, hijo, no sabía nada. Yo te creía soltero. Bien es verdad que hace ya muchísimos años que no te veo. Guapa, guapa es la chica. ¿Cómo se llama?

CORAL. Elvira. Pero papá me llama Coral.

MARTA. Y así la llamamos todos. Pero sentaros. Siéntese, don Florencio.

JAV. Es simpático, ¿verdad?

CORAL. Mucho.

FLOR. Bueno, y cuenta, hombre, cuenta. ¿Qué es de tí? ¿Qué es de tu vida? ¿Qué haces?

IGN. Nada.

FLOR. ¿No te dedicas a nada?

IGN. Como tengo la desgracia de ser rico, a nada. Me dedico a vivir. Pero desde fuera, ¿sabes? Soy un espectador de la vida. Con mi dinero me he comprado el derecho a la aburrida holganza. Tengo mi butaca, y desde ella veo y escucho cuanto vale la pena de escuchar o ver. Voy en busca siempre de lo interesante. Y cuando el espectáculo es aburrido cojo mi talonario de cheques, tomo mi auto y me largo. A otra parte con mi butacón. Así voy viviendo la vida—casi sin vivirla—, y siempre soy espectador. Como dice mi sobrino, un ave de paso. Probablemente no sé dónde voy, ni quizá tampoco de dónde vengo. Lo único que tiene fuerza en mí y que es capaz de detenerme es lo insospechado..., lo interesante..., lo extraordinario... Entonces cojo mi butaca, me siento en ella y desde ella contemplo el espectáculo.

MARTA. Pues poco tiempo vas a estar en Moraleda.

FLOR. ¡Quién sabe, quién sabe!

IGN. Eso depende de vosotros. Dadme algo nuevo, algo raro, algo oculto y fuerte que exista en vuestras vidas, y ya veréis cómo el espectador se queda. Y hasta reirá o llorará con vosotros. Pero si lo que me ofrecéis es lo vulgar de siempre, lo de todos los días, no vale la pena de que me instale aquí.

MARTA. Yo poco puedo ofrecerte.

FLOR. Y yo...

IGN. Y vosotros, los jóvenes, ¿qué decís?

JAV. Pues que somos jóvenes, y para ofrecerte algo extraordinario... es pronto todavía.

IGN. ¡Vaya! Decididamente, vuestras vidas son un lago, y a mí los lagos no me interesan. Esta noche me voy.

FLOR. ¡Pero hombre!

MARTA. ¡Qué has de irte! Ayúdame, Coral. Vamos a prepararle su habitación.

IGN. Que no, que no...

CORAL. En seguida, señora. *(Salen.)*

IGN. ¡Pero, hombre, por Dios, si tengo el auto ahí abajo; si quiero salir esta noche!

JAV. No te preocupes por el auto, tío Ignacio; dentro de cinco minutos lo tienes encerrado en un garaje. *(Vase.)*

IGN. Bueno...

FLOR. Nada, que te quedas.

IGN. Hasta la noche.

FLOR. Pero, hombre, ¿vas a ir de noche por esos caminos?...

IGN. Guío bien. Por cierto que al pasar esta mañana junto al barranco de Naval he visto una casa que me dijeron que era tuya...

FLOR. ¡Ah! Sí... La casa sola.

IGN. Sí, sí. Así la llaman. ¿Por qué es eso?

FLOR. Como no vamos nunca... Está cerrada siempre como una tumba. Es raro que te hayan dicho que era mía, porque casi no sabe nadie de quién es.

IGN. ¡Es curioso! Todas las casas así, medio abandonadas, infunden cierto respeto en la gente del campo... ¿Por qué no la alquilas?

FLOR. ¿Quién va a vivir allí, completamente aislada y junto al barranco?... Además, tiene muchos recuerdos tristes para mí.

IGN. ¿Recuerdos? Cuenta, hombre, cuenta. Apenas sé nada de tu vida. ¿Qué sucedió en la casa sola?

FLOR. Allí murió mi mujer.

IGN. ¿Hace mucho?

FLOR. Sí. Murió al nacer mi hija.

IGN. ¡Caramba, hombre! Pues no comprendo tu emoción. Lo has dicho como si hubiera muerto en este instante. En fin..., menos mal que te quedó una hija.

FLOR. Eso sí. Buena, cariñosa, y me quiere con toda su alma. Sólo vive para mí, como si sólo yo existiera en el mundo.

IGN. Hasta que se case.

FLOR. *(Pausa.)* Claro. Pero no se casará.

IGN. ¿Por qué? ¿No ha tenido nunca novio?

FLOR. Sí; uno una vez. Pero no le quería... ¡Bah! Aquello no tuvo la menor importancia.

IGN. Es muy joven todavía. Ya llegará el momento en que le interese uno por todos y en que al formar ella su nido se quede frío el tuyo. Y entonces harás lo que yo. Para no sentir la tristeza del nido vacío, serás ave de paso.

FLOR. ¡Ave de paso! ¡Si tú supieras! ¡Si tú te asomaras a mi vida, a nuestra vida, puede que en ella vieras algo tan extraordinario!...

IGN. ¿Qué dices, Florencio?

CORAL. *(Entrando agitadísima.)* ¡Papá! ¡Papá!... Su hermana le llama... Ya está su cuarto...; quiere que vea usted si está bien instalado... y además que pasen al comedor a tomar algo...

IGN. Bueno. Vamos allá. ¿Vienes?

FLOR. Sí. *(Mutis de Ignacio.)* ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan agitada?

CORAL. Nada. No es nada, papá. Anda, acompáñale, acompáñale.

FLOR. Voy. ¿Pero qué tienes?

CORAL. ¿No te digo que nada? Anda, anda... *(Mutis de Florencio. Temblando.)* No, no, Dios mío; no..., no.

MARTA. *(Entrando.)* ¿Pero qué es esto, Coral? ¿Por qué huyes de mí?

CORAL. No huyo...; le ruego...

MARTA. ¿Qué?

CORAL. Que no continuemos nuestra conversación...

MARTA. ¿Pero a qué viene esto? ¿Te niegas a hablar conmigo de algo que tanto nos interesa a las dos?

CORAL. No, señora, no me niego; le ruego solamente...

MARTA. ¿Pero qué dices? Ven acá, mujer, ven acá... ¿No éramos tan buenas amigas? Entonces, ¿por qué no me dejas llegar hasta tu corazón? Hemos de hablar mucho, mucho...

CORAL. Pero les ha dejado usted solos...

MARTA. No importa. Son viejos amigos, que se encuentran y querrán charlar... Ahora no me importan ellos, sino tú. Sábelo, Coral. Sábelo: ¡te quiere! ¿Oyes? ¡Te quiere!

CORAL. ¿Se lo ha dicho a usted? *(Sin poder contenerse.)*

MARTA. Sí; pero antes de que él me lo dijera yo lo había adivinado. ¡Lo sabía ya!

CORAL. *(Con alegría contenida.)* ¡Dios mío!

MARTA. Y ahora oye, mujer... Tú no has tenido nunca madre... En este momento vas a hablar conmigo como si lo fuera... Me siento tan cerca de ti que quiero que seas mi hija, no por él, sino por ti misma... Y ahora, como en esas confesiones que se hacen a las madres, tú vas a responderme... ¿Le quieres?

CORAL. *(Pausa.)* Sí... ¡Sí le quiero!

MARTA. ¡Ahora, ahora sí que eres mía de veras!

CORAL. Pero yo le ruego a usted que nunca se lo diga. No quiero que él lo sepa... Como madre me habló usted y como a una madre he respondido... Pero no diga usted nada; ¡nunca, nunca!

MARTA. ¿Qué dices? ¿Por qué tiemblas, Coral? ¿Por qué ha de ser un secreto... este cariño? Él ha de saberlo y tú has de hablar con él ahora mismo.

CORAL. ¡No!

MARTA. ¡Ahora mismo! ¡Aquí está! ¡Javier! ¡Javier!

CORAL. ¡No!

JAV. *(Entrando.)* Ya está encerrado el auto. ¿Me llamabais?

MARTA. Sí; Coral y tú tenéis que hablar. *De algo* que ella y tú sabéis, aunque no hayáis hablado de ello nunca.

JAV. ¿Le dijiste...?

MARTA. Os dejo.

CORAL. ¡No se vaya!

MARTA. No hay más remedio. Me esperan tu padre y mi hermano..., los hemos dejado solos. *(Mutis.)*

JAV. Coral...

CORAL. Si los dos sabemos de que se trata, ¿para qué vamos a hablar? Sigamos como hasta aquí: sabiéndolo, pero sin hablar de ello nunca. Hasta hoy fuí feliz y tengo miedo de dejar de serlo... Sigamos así, Javier, ¡siempre!, para que no se rompa el encanto.

JAV. ¡No, no, no! ¿Por qué? Yo quiero decir a usted cuánto he sentido desde que la conozco, y yo quiero que usted me escuche.

CORAL. Sea, pues, como usted desea. Pero luego le pesará. Y si de veras me quiere como dice, usted sentirá después haber hablado, porque sus palabras habrán roto el encanto y todo habrá terminado entre nosotros.

JAV. ¿Qué dice usted? ¿Qué quiere usted decirme? No la entiendo.

CORAL. Nada. Ya se lo he avisado. Y ahora hable usted si quiere.

JAV. Pues bien: sí, sí. ¡Sí! Aunque suceda lo que suceda, déjeme usted que le diga lo que tuve callado tanto tiempo... Soy tosco y poco amigo de retóricas. ¡La quiero! Así. A secas. ¡La quiero! ¡La quiero!

CORAL. *(Como en un sueño.)* ¡Javier! *(Pausa.)* Estoy soñando... y no quisiera despertar.

JAV. ¿Por qué? Despertemos, vayamos a la realidad que tanto le asusta. Ahora yo le pregunto sencillamente, sencillamente: Coral..., ¿quiere usted ser mi mujer?

CORAL. ¡Javier!

JAV. ¡Contésteme!

CORAL. No.

JAV. ¿No me quiere usted, Coral?

CORAL. Sí; ¿para qué engañarle, para qué engañarme yo misma? ¡Le quiero, Javier, le quiero! Y, sin embargo, yo no *puedo* casarme con usted.

JAV. ¿Por qué?

CORAL. Porque es imposible, Javier. Porque hay algo en mi vida que me separa de usted, y aun queriéndole como le quiero, no puedo, no puedo ser su esposa. Ya he hablado; ya ha roto usted el encanto, y todo ha concluído entre los dos. Podíamos haber vivido como hasta aquí, queriéndonos sin decirlo; pero ha preguntado usted y no he tenido más remedio que contestarle... No puedo, Javier. Hay algo en mi vida que me impide ser su mujer.

JAV. ¿Qué es? ¿Qué es?

CORAL. No me pregunte; no puedo decir más.

JAV. ¡No, eso no! ¡Ha de darme usted la razón; yo la quiero y necesito saber la razón!

CORAL. Si me quiere de verdad, lo único que ha de importarle es si puedo ser o no suya. Y si sabe que no puede ser, la razón ¿qué ha de importarle ya?

JAV. ¡Me importa; sí, me importa! *(Pausa.)* ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Hay otro hombre entre nosotros?

CORAL. Puede usted pensar lo que quiera. ¡Pero tenga usted cuidado de no mancharme ni con el pensamiento! Soy honrada. Soy pura.

JAV. Lo creo. Lo creo, Coral. Pero entonces... ¿Es que en la vida de su padre, o en la vida de los suyos, hay algo que nos separa?

CORAL. ¿De los míos? ¡No, Javier! Aunque en la vida de los míos hubiera algo, ese algo no iba a separarnos.

JAV. Entonces, ¿qué, qué?...

CORAL. No he de decir ni una palabra más. ¿A qué insistir? ¡No puedo! ¡No puedo ser su esposa! Bástele esto. *(Entran Florencio e Ignacio. Este se queda en la puerta.)*

FLOR. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, hija?

CORAL. Nada, papá. Vámonos, vámonos.

FLOR. ¿Te habló?

CORAL. Sí, y ya no puedo seguir aquí. ¡Vámonos, padre!

JAV. Don Florencio...

FLOR. Un instante, Javier. Mi hija se siente un poco mal y voy a acompañarla. Con permiso. *(Mutis.)*

JAV. *(Yendo detrás.)* ¿Pero por qué? ¿Por qué?

MARTA. *(Al entrar.)* ¿Te marchas por fin, Ignacio?

IGN. No. Lo he pensado mejor... Voy a buscar mi butaca...

MARTA. ¿Pues qué pasa?

IGN. ¿Qué pasa? No sé... Pero el espectador se queda.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Casa de don Florencio; piso de encima. Gabinete sencillo. En escena Coral. Juana que entra.

CORAL. *(Pausa.)* ¿Has ido?
JUANA. Sí, señorita.
CORAL. ¿A qué hora estará?
JUANA. A las seis en punto, como le dijeron al señor.
CORAL. Bien. ¿Está todo arreglado?
JUANA. Todo, señorita.
CORAL. ¿Y lo tuyo?
JUANA. Aun no.
CORAL. Pues vete, vete. No pierdas tiempo.
JUANA. En seguida. Pero antes quisiera que la señorita me permitiera unas palabras.
CORAL. ¿Cuáles son?
JUANA. Yo hace tres años que vivo con ustedes, y les he tomado un cariño como de cosa mía... Y ahora, al verla sufrir a usted, yo quiero, sea como sea, ayudarla...
CORAL. Gracias, Juana.
JUANA. ¿Qué puedo hacer? ¡Dígalo!
CORAL. Nada. Ni tú ni nadie puede hacer nada para devolverme la felicidad. Ni mi padre, que me quiere con toda su alma.
JUANA. ¡Pobre don Florencio!
CORAL. ¿Te acuerdas de aquel hombre que me pretendía y que luego no volvió más? Pues ahora la historia se repite; pero ahora es más terrible, mucho más terrible, porque aquel hombre no era nada para mí, no le quería... ¡Y a éste sí, a éste le quiero!
JUANA. Pero el señorito Javier no huye como aquél.
CORAL. Porque no sabe la verdad; pero en cuanto lo sepa será lo mismo. Pero, no, no; tienes razón. El señorito Javier no huirá, porque no lo sabrá nunca.
JUANA. ¿Qué va usted a hacer?
CORAL. No verle más.
JUANA. Eso no, señorita; eso no. Piense que él la quiere, y si la quiere necesita saber por qué le rechazan... No puede contentarse con que le digan que no, sin que le expliquen...
CORAL. Pues no. No lo sabrá nunca. No quiero tener el

dolor de verle alejarse de mí. Prefiero alejarme yo, marcharme yo y dejarle en la duda de que quizá pueda ser suya... Dejarle siempre en el misterio, para que toda la vida le acompañe mi recuerdo... Y aun pasados los años, que piense siempre en esto : en algo que no fué, sin saber por qué.

JUANA. No, no, señorita. ¡Con eso no se contenta nadie!

CORAL. Bien. Basta, Juana. Arregla lo tuyo.

JUANA. En seguida.

CORAL. Y antes vé a decrle a mi padre que a las seis. *(Se oye un timbre.)*

JUANA. Han llamado.

CORAL. Abre. *(Sale Juana y vuelve.)*

JUANA. Pasa, aquí está.

RAM. *(Entrando.)* Buenas tardes, señorita.

CORAL. ¿Tú? ¿A qué vienes?

RAM. Vengo de parte del señorito Javier a decir que quiere hablar con el señor.

CORAL. Pues díle que mi padre en este momento no está en casa.

RAM. Entonces, ¿cuándo puede verle?

CORAL. A la noche. O si no, esta tarde a última hora, pasadas las seis.

RAM. Y también me ha dicho que si la señorita consiente preferiría hablar con usted.

CORAL. No. Díle que me perdone, pero que no puedo recibirle. Si quiere hablar con mi padre, que venga esta tarde, pero pasadas las seis. *(Mutis.)*

JUANA. ¡Se van, se van! Te ha dicho a las seis, porque a esa hora ya no están aquí, ¿comprendes?

RAM. ¿Se marchan?

JUANA. Sí, nos vamos todos. Ya está preparado el automóvil, las maletas... Quieren irse sin despedirse, sin que se entere nadie, como huyendo..., ¿comprendes?

RAM. Pero ¿a dónde van?

JUANA. A una casa del señor, que está sola en mitad del monte... En un barranco... Una casa terrible; la gente la llama «la casa sola»... Yo estuve una vez allí y no quisiera volver.

RAM. ¡Ah! Pues el señorito Javier ha de seguirles.

JUANA. ¿Y crees que va a dar con ellos en aquella casa? Si allí no llegan mas que los demonios. ¡Dios me perdone!

RAM. ¿Y vas a ir tú?

JUANA. Yo no quiero... Tengo un miedo horrible..., pero...

RAM. Pues no vayas.

JUANA. Y... ¿cómo les dejo? Después de los años que llevo con ellos, les quiero... *(Pausa.)* ¿Qué haríamos nosotras para impedir que se fueran?

RAM. Nosotras, nada. Si acaso, mis señoritos.

JUANA. Sí, tienes razón. Avísales, avísales; diles que nos vamos a las seis, que quieren irse sin verlos más.

RAM. ¿Y a quién se lo digo?

JUANA. A todos. Y al señorito Ignacio, que es su amigo. Avísales.

RAM. ¿A las seis?

JUANA. A las seis; que bajen pronto. Vete.

RAM. En seguida. *(Mutis. Entran Florencio y Coral.)*

FLOR. Juana..., haz el gavor de poner estos libros en la maleta.

JUANA. Bien, señor. *(Mutis.)*

FLOR. Escúchame, Coral. Antes de que nos vayamos, es decir, antes de que huyamos, quiero decirte lo que pienso por última vez.

CORAL. No insistas.

FLOR. ¡Déjame!... ¿Tú le quieres?

CORAL. ¡Sí, con todas las fuerzas de mi alma! ¡Con un amor desesperado, porque sé que no puede ser, que yo no puedo amar a ningún hombre! ¡No debe ser, no debe ser!

FLOR. No te importe lo que debe ser, sino lo que es, que en la vida es lo único interesante. Debíamos ser siempre buenos, y muchas veces... somos malos; debíamos no enfermar nunca, y la enfermedad llega, como llega la desgracia y la muerte. ¡La muerte! ¿No crees tú que después de vivir una vida de sol, de alegría y de luz, es muy triste, muy doloroso morir? Pues así es; lo mismo que el amor, que el tuyo. ¡Es, y basta!

CORAL. Bien, papá. No discutiremos. Ya está decidido el viaje. Saldremos a las seis. Tú no has de notar ningún cambio en tu vida...; yo, como siempre, seguiré atendiéndote y queriéndote más cada instante... Por fin se abrirá «la casa sola»...

FLOR. ¡«La casa sola»!... ¡Cuántos recuerdos tristes para mí!

CORAL. ¡Y para mí!

FLOR. Allí ocurrió todo.

CORAL. Allí nací yo, nació tu hija.

FLOR. Al nacer tu murió ella.

CORAL. ¡Basta, basta! Recordar es volver a vivir, y ya tenemos bastante con la vida de ahora. Díme, necesito un consejo.

FLOR. Te escucho.

CORAL. Javier ha intentado venir. Primero, buscándome a mí; luego, a tí. Por lo visto, no está dispuesto a renunciar sin saber la causa, el motivo de mi negativa.

FLOR. Es justo.

CORAL. Y no sé qué hacer. Yo quisiera que nos fuéramos sin decirle nada, y que piense después lo que quiera.

FLOR. No, Coral. Haces mal en eso. Es muy justo que él te lo exija y tú debes responderle.

CORAL. ¿Y decirle todo?

FLOR. Todo. No sé por qué te asusta.

CORAL. No me asusta por mí, me asusta por él. Porque sabiendo la verdad sé que huirá de mí, y huyendo ha de olvidarme, y yo quisiera, ya que no puedo estar con él, quedarme en su pensamiento.

FLOR. No, Coral. Tu deber es hablar. No tienes derecho a dejarle esa inquietud.

CORAL. Pues bien. Si tú lo mandas... así lo haré. Pero no me atrevo, no me atrevo a verle.

FLOR. Escríbele.

CORAL. Sí, es verdad. Tú me ayudas... Vamos a escribirle juntos. ¿Quieres?

FLOR. Vamos.

CORAL. Sí; entre los dos será más fácil.

FLOR. Empieza. *(Dictando.)* «Javier. *(Escribiendo.)* No me atrevo a hablar a usted; pero es imperioso el deber de escuchar la voz clara de mi razón y de mi nobleza. Ellas dictan estas palabras, esta confesión; mejor dicho, en este instante supremo y temido, tan temido que tiemblo... al empezar a escribir...»

CORAL. *(Concluyendo el párrafo.)* «A escribir...»

FLOR. «La vida, Javier, tiene sorpresas tan crueles, tan tristes como ésta...» *(Coral se detiene y llora.)* ¿Por qué te detienes? Sigue. «Yo no puedo ser suya, porque...»

CORAL. ¡Ah, no; no..., no puedo!... *(Cae llorando sobre el papel.)*

FLOR. ¿Qué es eso? ¡Rompe este papel en mil pedazos! ¡Así! ¡Y ahora, ni viaje, ni huída, ni nada! ¡Que vengan.

CORAL. ¡No, padre! ¡Padre!

FLOR. Sí, tu padre; es él quien lo dice..., quien debe decirlo. ¡Sin llorar! ¡Mírame a los ojos!

CORAL. *(Se oyen voces dentro.)* Silencio. Alguien viene.

FLOR. ¿Quién es?

IGN. *(Entrando.)* Soy yo, Florencio. ¿Qué significa esto? ¿Por qué huís de nosotros? ¿Por qué queríais marcha-

ros sin habernos visto? Contesta. No es Javier quien pregunta, soy yo, tu amigo de toda la vida; tu amigo, que cree tener derecho a que le contestes. Amparado en él, he venido... Si estoy equivocado échame de tu casa.

FLOR. Ignacio. Buen amigo eres y puedes buscar en mi vida lo que quieras, sin que yo te lo impida. ¿Cómo iba a echarte de mi casa? ¿Pero quién pregunta? ¿El camarada, o el otro, el ave de paso que hay en ti, el que se ha detenido para ver algo interesante? Porque el amigo, el camarada, que entre. ¡Pero el otro, que espere! ¡Que aguarde!

IGN. ¡Florencio! Todos preguntan. A todos nos habéis interesado en vuestras vidas.

FLOR. Bien. Tú me dirás con quién debemos hablar primero.

IGN. Con Javier. En mí, pudieras creer... que preguntaba sólo la curiosidad. En él no. En él quien pregunta es el amor.

FLOR. Pues bien. Ahora mismo bajaremos a verle.

IGN. No hace falta. Está aquí y espera a que yo le llame.

CORAL. ¡No, no, padre! ¡Que no entre, que no entre!

IGN. ¿Qué es esto, Coral? ¿Es que esta situación puede prolongarse un momento más? ¡No! Sería cruel negarnos la explicación. Aunque se tratase de lo más doloroso. Si es un problema entre hombres y mujeres, y nosotros lo somos, ¿para qué ocultarlo? Vayamos a ello con sinceridad, con franqueza.

FLOR. Tiene razón Ignacio; tiene razón, hija mía. Ha llegado el momento.

CORAL. Bien. ¿Está ahí?

FLOR. Que pase. *(Mutis de Ignacio. Pausa.)*

CORAL. Déjame que le hable yo. Debo ser yo sola, yo sola.

FLOR. ¿Por qué?

CORAL. Te lo suplico.

FLOR. Como quieras. Dentro estoy; si me necesitas, llama. Y ten valor, no desmayes. ¡Soy yo, yo, quien te lo pide! Un beso. Ya sabes, me llamas. *(Mutis. Entra Javier.)*

JAV. Perdóneme usted, Coral.

CORAL. Pase, pase.

JAV. Ya sé que no quería usted recibirme; pero yo necesitaba verla. Me habían dicho que se irían ustedes esta tarde, no sé dónde; pero yo antes necesitaba verla...

CORAL. Para saber la causa de mi negativa, ¿verdad?

JAV. Para impedirla que se vaya. Es lo único que me importa. No se irá, ¿verdad? ¿No se irá?

CORAL. Sí, Javier. Esta tarde, a las seis. Es la última vez que nos hablamos y que nos vemos.

JAV. No, no; eso no...

CORAL. Usted mismo ha de aceptarlo cuando sepa toda la verdad, verdad que voy a confesarle ahora.

JAV. ¿Qué dice usted, Coral?

CORAL. Espere, Javier. Va usted a saberlo todo; pero antes quiero acudir por última vez a su caballerosidad, a su nobleza. Si es sólo su amor quien pregunta debía bastarle ya con lo que sabe. Si es su curiosidad quien interroga..., dispuesta estoy a hablar.

JAV. Perdóneme usted, Coral. Esa negativa que me ha dado debe tener una razón poderosa, un motivo grave que la justifique; algo grande que la haga valer ante mis ojos. Necesito conocerla... Perdóneme, pero es preciso..., indispensable. ¡Hable!

CORAL. Javier, yo no puedo ser suya, porque estoy casada.

JAV. ¿Qué?

CORAL. ¡Casada! Unida a un hombre por matrimonio, en cuerpo y alma. ¡Para toda la vida!

JAV. ¿Qué dice usted, Coral? ¿Qué dice?

CORAL. La verdad.

JAV. Pero... si esto es cierto, ¿por qué lo ocultaba? ¿Por qué no me lo dijo desde un principio? Y si es usted casada, ¿dónde está ese marido? ¿Por qué vive sola con su padre y no con él? Conteste usted, Coral. ¿Dónde está su marido? ¿Quién es?

CORAL. Javier... Le dije mi secreto y quiere usted el secreto de los otros. Ese no; ese no es mío, no me pertenece.

JAV. ¡No, no me importan los otros; me importa lo suyo! ¡Hable usted! Si no miente ahora, ¿por qué mintió antes? ¿Cuál es la razón de ocultar a todos que está usted casada?

CORAL. La vida tiene catalogadas tantas razones para un caso como éste, que puede usted, a capricho, elegir la que quiera...

JAV. No; basta de subterfugios. ¡En nombre de mi amor se lo pido!

CORAL. ¡Concluyamos, Javier! He dicho lo único que debía decir para satisfacer sus dudas... Ahora déjeme sola con mi dolor y no me pregunte más. Váyase... Déjeme...

JAV. ¡No! No puedo irme sin saberlo todo... ¿Dónde está su marido? ¿Por qué no vive con él si es usted casada?

CORAL. ¡Lo soy! Y, sin embargo, el primer beso de amor no llegó todavía a mis labios.

JAV. ¿Entonces... su marido la abandonó..., la dejó sola?...

CORAL. ¡Basta..., basta!

JAV. ¿Y la recogió su padre porque él se fué para siempre?...

CORAL. Basta, Javier.

JAV. Entonces podemos ser felices...

CORAL. Nunca...

JAV. ¿Por qué no?... ¡Aquél, su marido, no la merecía..., no era digno de usted!

CORAL. ¡Oh! ¡Calle! ¡Calle!

JAV. No. ¡Su marido es un canalla! ¡Un canalla!

CORAL. *(Con el alma.)* ¡No! Es el mejor de los hombres.

JAV. ¡Un canalla! Un miserable, que la... abandona y la hace infeliz para toda la vida.

CORAL. ¡Miente usted! ¡Mi marido es mejor que todos los hombres de la tierra! ¡Padre! ¡Padre! Ven, ven, que ahora sí te necesito..., porque me han hecho mucho daño.

FLOR. *(Entrando.)* ¡Coral!

CORAL. ¡Padre! *(Pausa.)*

FLOR. Oí las últimas palabras, y comprendo tu estupor, Javier. Ha llegado el momento de la explicación, triste, dolorosa. Vamos a ella de hombre a hombre.

JAV. ¡Hable usted!

FLOR. Escúcheme con calma. La vida tiene, a veces, sorpresas crueles. Yo te suplico que creas lo que voy a decirte, puesto que hablo con el dolor de un hombre que lo tiene todo..., que le quitan todo, y que se resigna porque sabe que, lógicamente, humanamente, debe perderlo todo.

CORAL. ¡Padre!

FLOR. Ten calma tú también. Es preciso contarlo, aunque al contarlo volvamos a vivirlo. *(Pausa.)*

JAV. ¡Hable usted! Por Dios, ¡hable usted!

FLOR. Hace muchos años, muchos, más de treinta, yo estuve enamorado de una mujer. Fué... mi amor, mi gran amor, ¡mi solo amor! Nos casamos. Nuestra felicidad fué grande, infinita; pero a los tres años de casados, ella murió. *(Pausa.)* Se me destrozó la vida. Quedé roto, deshecho, como un pelele. Los amigos me decían: «Eres joven, te queda tu vida...» ¡Mi vida! ¡Vivir! Ya... ¿para qué? *(Pausa.)* Me refugié en mí mismo. Viajé durante mucho tiempo por Europa; volví de nuevo, y marché a mi casa de la montaña, huyendo de todo. Pasaron los años; muchos, y tan rápidos que ni yo mismo me atrevía a contarlos. Un día, al dar mi paseo acostumbrado, apareció ante mí el grupo de una mujer

y una niña... ¡Ella! *(Señalando a Coral.)* Quedé paralizado de asombro y emoción. Aquella criatura se parecía extraordinariamente a mi muerta adorada. Eran sus ojos, sus cabellos de oro, su sonrisa. ¡Era ella misma... reencarnada! Me acerqué al grupo, hablé con ellas, paseamos juntos, y desde entonces no pude ya vivir sin verla diariamente a mi amiguita. *(Pausa.)* Tenía apenas quince años, y vivía sola con su madre, una pobre vieja medio muerta de enfermedades y de miseria. Las socorrí; ellas me pagaban con su cariño y fuimos los tres inseparables. *(Pausa.)* Pasaron unos días sin verlas, y de pronto, una tarde, vino la niña llorando a llamarme. Su madre se moría y deseaba hablar conmigo. La pobre vieja me dijo: «Me muero...; mi hija queda sola, señor... Usted es bueno... Yo sé que usted la quiere mucho... Cuide usted de ella.» ¿Cuidar de ella? ¿Cómo? Y... entonces—a mí no se me había ocurrido, fué aquella pobre madre quien me sugirió la idea; lo pensó, y me transmitió su pensamiento—entonces la ofrecí casarme con su hija. ¡Casarme!; pero ¿y la otra? Dios mío, mi muerta, ¿qué diría desde el cielo? Y me acerqué al camastro, le conté la historia de mi gran amor... y la moribunda me dijo: «Usted quiere a mi hija porque se parece a *ella*... Dios la ha puesto en su camino como premio a su constancia. ¿No es esto un milagro? Todavía puede usted ser feliz; su gran amor hacia la muerta puede revivir en ésta. ¡Es el mismo amor, encarnado en otra!...» Y la voz de la moribunda se apagaba, y me llegaba de lejos..., como si me hablaran desde más allá... ¿Podía ser yo feliz? ¿Sería verdad? *(Pausa.)* Y aunque no lo fuera, era una madre que pedía para su hija abandonada... ¡Sí, sí! ¡Si ella quiere..., sí!

JAV. ¿Y ella?...

FLOR. ¿Ella?... ¡Qué iba a decir! ¡Entonces tenía quince años! «¡Casarme!... ¿Yo? ¡Bien..., bien...; pero mamá..., mamá!» ¡Pobre! ¡Lo único que le importaba era que su madre se pusiera buena!

CORAL. *(Llorando.)* ¡Dios mío!

FLOR. Y nos casamos.

JAV. ¡Usted..., usted es el marido!

FLOR. Hasta aquí todas mis culpas; desde aquí todas mis penitencias, juntas por mi gran error. Con haberla adoptado la libraba de la miseria, pero me cegó el egoísmo..., la esperanza infinita de revivir mi amor. Trasladamos a la madre con toda clase de cuidados y vivió aún algunos días entre nosotros. Al fin murió, y yo respeté el dolor de la hija. Transcurrió una semana... y un día me acerqué a ella... «¡Coral!... Soy tu marido...» Entonces me miró de repente

con ojos asustados y empezó a temblar como si tuviera frío..., juntó las manos como si quisiera rezar o pedirle a Dios algo... «No te asustes... No llores... Te dejo..., te dejo...; pero no te asustes..., chiquilla..., no llores...» *(Pausa.)*

JAV. ¡Siga usted!

FLOR. Al salir de su cuarto entré en el mío, y al llegar junto a la chimenea y dar luz me vi en el espejo... ¡y toda mi ilusión se vino al suelo de repente! ¡Aquél era yo! Era un pobre viejo, envejecido aún más por la emoción del momento. En mi locura de revivir mi amor, no me di cuenta que era ya tarde, porque mi vida había pasado ya. *(Pausa.)* Nació una gran pena en mí, una lástima inmensa hacia aquella niña asustada, que se parecía a mi muerta, y... en aquel momento, ¡el más grande de mi vida!, mi amor por la que no existía renació más fuerte, más intenso que nunca, y el que yo creía sentir por la pobre criatura, se convirtió en una ternura infinita. ¡Si ella era algo para mí, no podía ya ser mas que mi hija! ¡Y volví a su alcoba y la *besé* en la frente! Desde entonces empecé a quererla más, mucho más. ¡Ya no era el marido, era el padre!

JAV. Pero entonces... ¡Su mujer!

FLOR. Mi mujer había muerto por segunda vez y me había dejado una hija. *(Pausa.)* Y ahora vas a decirme si al respetarla no he sido más hombre que si la hubiera hecho mía.

JAV. Bien. Comprendo todo. *(Pausa.)* Pero lo que no comprendo es el por qué ocultaron la verdad; ¿por qué no dijeron ustedes que estaban casados?

FLOR. Huimos de aquella casa donde había pasado todo. Al llegar a un sitio nuevo, donde nadie nos conocía, las gentes nos tomaban por padre e hija... Era natural. Un día dije la verdad y creyeron que era broma..., y fué para mí un gran dolor. «¿Por qué te ofendes, papá?» Lo dijo con tanta ternura, que no podía ser mentira. Las gentes decían: «Su hija, su hija...» Pues era verdad. Por eso te digo que murió mi mujer al nacer mi hija.

JAV. Y ahora...

FLOR. Está casada, es verdad. Pero ¿dónde está el marido? ¡Aunque lo hayan sancionado las leyes de la tierra, yo no soy mas que el padre! ¡Tú comprendes que si fuera el marido no podría saber que los dos os queréis!

CORAL. ¡Papá!

JAV. Aunque comprendo este dolor, que es tan de ustedes como mío, yo no puedo hacer nada. Y no debo permanecer aquí ni un momento más. Yo me marcho.

FLOR. No, no, Javier. No te vayas. Tu presencia no me

produce ningún dolor. Lo único que yo quiero es su felicidad. Y ten en cuenta que no soy un santo. ¡ Si ahora la quisiera como mujer sentiría el egoísmo del amor, inevitable, natural, lógico, y no sería capaz de hablarte así ! ¡ Que eso del sacrificio del amor es puro cuento cuando hay de veras que sacrificarlo !

JAV. ¡ Sí, le creo ! Pero el matrimonio existe. Ella está casada. ¿Cómo va a ser mía? La ley, la Iglesia, la sociedad, el mundo, todos me lo niegan !

FLOR. Es verdad. Ellos, los extraños, lo son todo, y yo no soy nada. ¡ Tienen razón ! ¡ Y éste..., éste es nuestro verdadero drama ! Hay algo sobre nosotros más fuerte que nosotros mismos. ¡ No hay salida, no hay solución ! Es decir..., sí ; hay una : incoar expediente a Roma y someterse a las pruebas indispensables para que el matrimonio se anule... *(Pausa. Se dirige a Coral y le dice llorando.)* ¡ Te quiero con toda mi alma ; eres para mí lo único que existe en la tierra ! ¡ Y por mí eres desgraciada ! ¿Qué no haría yo por verte feliz? ¡ Daría mi carne y mi sangre y toda mi vida !

CORAL. ¡ Oh, no ! Ya sabes tú que yo no acepto eso.

FLOR. Entonces..., ¿qué hacer, Dios mío?

CORAL. ¡ Basta, padre ! Un día te sacrificaste tú, y yo lo acepté. Pues ahora me toca a *mí.* Acepta tú también mi sacrificio. Es nuestro destino. Yo seré tu hija, y para serlo renuncio al amor. *(A Javier.)* Despidámonos, Javier. Es nuestro deber. Despidámonos... para siempre.

JAV. ¡ Coral !

CORAL. ¡ Váyase usted, Javier ; váyase !

FLOR. *(De repente, iluminado por una idea.)* No. ¡ Espera !... ¡ Quizá haya otra solución !

CORAL. ¿Qué dices?

FLOR. Esperadme un momento. Voy a consultar con mi abogado.

CORAL. ¿Pero qué es?

FLOR. Nada ; ya lo verás. Hay otro medio..., otro, ya veréis. Esperadme un instante...

CORAL. *(De repente, como loca.)* ¡ Juana ! ¡ Cierra la puerta ! ¡ La puerta !

JAV. *(Detrás.)* ¡ Don Florencio ! ¡ Don Florencio !

CORAL. ¡ Cierra, Juana, cierra !

FLOR. ¡ Qué gritos ! ¿Por qué te exaltas? ¿Qué temes?

CORAL. Muerto tú, para que seamos felices, ¿cómo íbamos a serlo? Si tu vida nos separa, piensa que más, mucho más, nos separaría tu muerte. *(Pausa.)*

FLOR. Tienes razón. *(Al ver que Coral sigue en el foro como dispuesta a impedirle la salida.)* Es inútil que me impidas el paso... ¡La puerta está cerrada!

TELÓN

ACTO TERCERO

La casa sola. Una tarde, quince días después. Un viejo salón, casi a obscuras. Entran sigilosamente Jeroma y Jeromín.

JEROMA. Hale, chico... Ven pa acá, que se hace tarde...

JER. Ya voy..., que no le dejan a uno estar tranquilo ni un momento...

JEROMA. ¿Tranquilo? ¿Tranquilidad le llamas a la poca vergüenza?

JER. Ya voy, madre, ya voy...

JEROMA. ¡A limpiar!

JER. ¡A limpiar! Un día le va a sacar usted brillo hasta el gato.

JEROMA. Pues, hijo, ¿para qué nos pagan? Pa limpiar esto de vez en cuando, que pa eso hemos venido y es nuestra obligación. Esta es la sala... donde estaba siempre el señor... Es la que impone más respeto. ¿Te acuerdas cuando se la veía iluminá desde el pueblo por las noches?

JER. Sí, madre..., sí. ¡Bendita sea el campo libre!

JEROMA. Limpia, limpia, que ya va cayendo la tarde y el sol se va escondiendo por allá lejos...

JER. Lo que es en cuanto se haga de noche, cualquiera para aquí...

JEROMA. «La casa sola»... ¡Mira que hace años que no venían!... Las cosas que habrá visto esta casona, las historias que habrán pasao aquí dentro... ¡Mira que si de repente las paredes se pusieran a hablar con nosotros y a contarnos cosas!

JER. ¡Repuñales! ¡Deje usted a las paredes quietas, que tengo un susto que no me sale del cuerpo en una semana!

JEROMA. Es un supongamos, hombre. Como en los cuentos.

JER. Bueno..., déjese de cuentos, que al entrar he visto un gato negro con el rabo muy tieso... y...

JEROMA. Mia que eres tembleque...

JER. ¡Que no, vaya! Que estas casas medio abandonadas son pa quien las quiera; que pa mí no... ¡Cuidao con el gusto de los señores!

JEROMA. ¿Quies callar, condenao? ¿Vas a hablar mal de los amos?

JER. Yo de los amos na digo... ; digo..., digo... ¡que no me gusta estar aquí! ¡Na más!

JEROMA. Pues hay que estar, que pa eso nos pagan. Pa eso nos dejó el señor y la señorita la llave; pa que bajemos del pueblo de cuando en cuando...—y lo hacemos de Pascuas a Ramos—a cuidar esto, aunque ellos no vengan nunca.

JER. *(Siempre medroso.)* ¡Ja, ja!

JEROMA. Sería una ruina si no esta casa tan hermosa...

JER. Muy hermosa..., sí, hermosísima; pero... pa ellos... o pa el gato!

JEROMA. ¡Calla!

JER. ¿Qué?

JEROMA. ¿No has oído? ¡Un automóvil!

JER. ¿Un automóvil? *(Santiguándose.)* Lo que más miedo me da. ¡El automóvil y esta casita!...

JEROMA. Será ella que viene...

JER. ¿La señorita?

JEROMA. Sí.

JER. ¡Pues también es gusto venir ella sola! Y a estos andurriales...

JEROMA. Y el señor, ¿por qué no vendrá con ella?

JER. ¡Vaya usted a saber! El señor siempre fué un hombre muy raro, madre, que bien dicen en el pueblo que le mirabas y tenía una cosa así en los ojos, que ya no te quedaban ganas de volverle a mirar...

JEROMA. Ya debe estar bastante viejo. Y me extraña que no venga él también, con el cariño que le tenía a esta casa. ¿Habrá muerto?

JER. Lo hubiéramos sabido.

JEROMA. Sí, era raro, sí. Siempre andaba solo como un alma en pena.

JER. ¡Mire, madre, no haga comparaciones! ¡Caray, cómo está usted hoy! ¿Y en la carta le decía la señorita que venía hoy?

JEROMA. Sí; y que bajáramos del pueblo con la llave y abriésemos la casa y la tuviésemos lista...

JER. ¿Y viene sola?

JEROMA. Con la Juana, la criada vieja que tenían hace tiempo; una vez estuvo aquí.

JER. Ya me acuerdo. Se moría de miedo. ¿Así que vienen las dos solas?

JEROMA. Solas.

JER. ¡Vaya por Dios!; en esta casa todo son misterios.

JEROMA. Sí que lo son..., y, además, que pa que venga la señorita de la forma que viene, sola..., ha debido suceder algo.

JER. ¿Suceder qué?

JEROMA. No sé; yo no acierto a comprender...

JER. De las cosas de esta casa... nadie comprende na...

JEROMA. ¡Calla, calla! ¿No oyes?

JER. ¿Qué pasa? ¡Me da usté ca susto!

JEROMA. ¡Que ya están ahí! *(Suena una bocina.)*

JER. ¡Ay, mi madre! ¡El auto!

JEROMA. ¡Sí, son ellas! ¡Señorita, señorita! Ven corriendo. Vamos. *(Salen apresuradamente. Hay una pausa, en que se oye hablar desde dentro. Luego vuelven con Coral, que lleva un abrigo de viaje y un cabás. Detrás entra Juana. Pausa.)*

CORAL. *(Entrando.)* Muchas gracias; sois muy buenos.

JEROMA. Está muy bien la señorita, muy bien.

CORAL. Muchas gracias, Jeroma. Pero... ¿y Juana? ¿Dónde se ha quedado? Que pase, decirle que pase.

JEROMA. Sí, aquí está. *(Entra Juana.)*

JER. ¡Hola, doña Juana! ¿Cómo está usted?

JUANA. Bien, hijo, bien.

CORAL. Mi casa, la vieja casona, volverla a ver otra vez...

JEROMA. Disimule la señorita, que no está muy limpia del todo... Como nos ha avisao con tan poco tiempo... Resulta que esta mañana hemos recibido la carta...

CORAL. No importa. Ya entre todos procuraremos ponerla en condiciones.

JEROMA. Aquí notará la señorita muchas faltas; no es como en la ciudad... Pero, en fin, viniendo para unos días...

CORAL. No. Estás equivocada, Jeroma. No vengo para unos días. Vengo a vivir. Y quién sabe, quizá para mucho tiempo.

JEROMA. ¡Señorita!

JER. ¿A vivir aquí la señorita?

CORAL. Sí. Os extraña, ¿verdad? Pues mañana traerán mi equipaje. Hoy no hemos traído mas que unas pequeñas cosas, unas maletas...

JEROMA. Pero el padre de la señorita, el señor...

CORAL. *(Después de una pausa, con la voz impregnada*

de lágrimas.) El señor tiene ahora que hacer en la ciudad... Está muy ocupado, ¡qué sé yo!, en sus cosas... Cuando pase el tiempo y pueda... Ya vendrá, ya vendrá.

JER. ¿Dentro de mucho?

CORAL. No sé... No. Ya sabéis que los negocios son muy locos y a lo mejor se resuelven en seguida o tardan..., y entonces hay que darlos por perdidos, porque no se pueden resolver nunca...

JER. *(Muy asustado.)* Y mientras tanto, ¿van a vivir aquí las dos solas?

CORAL. No. Os quedaréis vosotros conmigo, y si acaso no podéis me buscáis otros criados en el pueblo... Y así viviré rodeada de vosotros y seré para todos la señora ama.

JEROMA. Hasta que venga el señor.

CORAL. ¡Claro! Hasta que venga. Y andar, andar; tú, Jeroma, arregla nuestras habitaciones, y tú, Jeromín, baja las maletas del auto.

JER. (¿Al auto?... ¡Mi madre!...)

JEROMA. En seguida, señorita. Y sea bien venida la señorita.

CORAL. Muchas gracias, Jeroma.

JEROMA. Y que Dios la conserve siempre como ahora, que parece una niña...

CORAL. Muchas gracias, mujer, muchas gracias.

JEROMA. Vámonos, Jeromín...

JER. ¡Uf! ¡Gracias a Dios! *(Mutis de Jeroma. Pausa.)*

JUANA. No, no... ¡Esto es una locura!

CORAL. ¡Calla, Juana!

JUANA. ¡Gracias a que el señorito Javier vendrá y ha de impedirlo!

CORAL. ¡No, qué ha de venir! ¿Tú crees que es tan fácil dar con esta casa?

JUANA. Es que nos han seguido. Yo no sé lo que quería decir; pero nos ha seguido otro auto por el camino.

CORAL. ¿Qué dices?

JUANA. Al dar la vuelta junto al barranco, yo me di cuenta y el chófer también; pero le dije que se callara...

CORAL. ¡Juana! Bien; es igual. Aunque venga Javier, yo no saldré de esta casa.

JUANA. Señorita...

CORAL. No. ¿Dónde está él, Juana? ¿Qué ha sido de él? Ha huído de nosotros. Por más que hemos hecho, no podemos averiguar su paradero. ¿Cuál es mi deber ahora? Vivir esperándole. Y pasado el tiempo, algún día llegará a él la noticia de mi alejamiento; que comprenda entonces que

su huida no ha servido para nada y que vuelva otra vez... Que yo le recibiré de rodillas y besando donde él pisa... Y todo volverá como antes... Como antes, Juana.

JUANA. Señorita...

CORAL. ¿Comprendes? Él era todo para mí. Cuando yo no tenía nadie en el mundo y me moría de hambre y de miseria, él me recogió y mi madre pudo morir tranquila... Y aquella noche, cuando en ese cuarto de ahí al lado yo me eché a llorar entre sus brazos, le dió pena de mí, se le llenaron los ojos de lágrimas y me besó en la frente. ¿Y esto cómo puedo yo pagarlo? El sacrificio de mi felicidad no es bastante, no. ¡No es bastante! Así que no hablemos más. Ven, Juana, vamos a recorrer la casa, la casa sola... Cierra, cierra antes que se haga de noche. Y anda, ven. *(Mutis.)*

JUANA. ¡Dios mío!

JER. *(Entra corriendo.)* ¡Juana, Juana!

JUANA. ¿Qué pasa?

JER. ¡Otro automóvil!

JUANA. ¿Y quién viene?

JER. No sé. Unos señores.

JUANA. ¡Ah, son ellos, son ellos!

CORAL. *(Volviendo.)* ¿Qué sucede?

JUANA. El señorito Javier y el señorito Ignacio, que vienen.

CORAL. ¡No! No quiero verles. ¡No les dejes pasar!

JUANA. ¡Señorita, por Dios!...

CORAL. ¡No les dejes, te digo!

JER. Ya están aquí.

CORAL. Díles que no. Díles que estoy descansando.

JAV. *(Entrando, seguido de Ignacio.)* ¡Coral! ¿Por qué huir? *(Mutis de Juana y Jeromín.)*

IGN. Buenas tardes, Coral. *(Pausa.)*

CORAL. ¿A qué vienen ustedes?

JAV. A verla a usted. Necesitábamos verla.

CORAL. ¿Para qué? Todo ha acabado entre nosotros. Con la desaparición de mi padre, todo ha muerto. Me he separado de mi vida de antes, de seres y cosas que conocí. Y como si no nos hubiéramos visto nunca, esta es la primera vez que nos hablamos. Por eso les pregunto: ¿quiénes son ustedes? ¿Y por qué vienen aquí?

JAV. ¡Coral!

IGN. ¿Pero qué pretende? ¿Renunciar a su vida, encerrarse a los veintidós años en esta casa, a morir de pena y de soledad?

CORAL. Sí. En esta casa ocurrió todo. Aquí murió su

mujer al nacer su hija. Para mí es un templo. Déjenme ustedes. Déjenme ustedes en él.

JAV. No, eso no...

IGN. Es enterrarse en vida... Nosotros no lo podemos permitir...

CORAL. Basta, señor. Esta es mi casa. Yo les ruego que salgan.

IGN. ¡Coral! ¡Es nuestro interés el que habla!

CORAL. ¿Su interés? Pero permítame, señor; ¿quién es usted en este drama? Un espectador que se ha metido en él. Ya ha visto el caso extraordinario de nuestras vidas; ¿qué más quiere usted? Una solución, ¿verdad? ¿Y no es ésta? ¿A usted no le gusta? ¿Usted quisiera verme feliz? Pues bien: ¡mayor dolor es el mío al no poder serlo! Márchese, márchese; ya acabó todo. Siga usted su ruta, vuelva a buscar lo extraordinario eternamente..., y si en la vida vulgar y estúpida no lo encuentra nunca, piense que aquí lo encontró una vez. Y nada más, señor, nada más.

IGN. ¡Coral!

JAV. No. Esto no. No sería humano. Si las palabras de tío Ignacio no tienen influencia en usted, escúcheme un instante. Quiero hablarla por última vez.

CORAL. Todo está dicho entre nosotros.

JAV. Todo no. Falta algo, y es precisamente lo más extraordinario.

CORAL. Diga usted.

JAV. Un instante, tío Ignacio. Déjanos solos.

IGN. Bien. Abajo espero. Y perdón, Coral, si me mezclo demasiado en este drama. Es que el espectador, como usted dice, está con ustedes. *(Bajo.)* Háblala, Javier. Díselo. *(Mutis.)*

CORAL. Le ruego a usted que sea breve.

JAV. Coral... Venimos desde la ciudad para hablar con usted. Y si es la última vez no me regatee un minuto.

CORAL. Bien. Le escucho.

JAV. Para hablar con usted lo primero que necesito decir es lo de siempre, lo mío: ¡la quiero!

CORAL. Y yo también.

JAV. Entonces...

CORAL. Entonces... ¿qué?

JAV. El no existe entre nosotros. Ha desaparecido. Había un obstáculo para nuestro amor, algo que lo hacía imposible, y ese algo ya no existe.

CORAL. ¡No, Javier! ¡Ahora menos que nunca! Antes nos separaba la ley; pero ahora nos separa algo más fuerte:

nuestra conciencia. El ha desaparecido de entre nosotros; pero en mí hay una duda horrible. ¿Y si ha muerto?

JAV. No es posible pensar en eso. El sabía que, muerto por nosotros, nos hubiera separado para siempre. ¿Cómo iba yo a hablar en este instante si su muerte existiera entre los dos? ¿Cómo íbamos a ser felices? Al mirarnos veríamos su espectro y nuestro primer beso sería ya de odio.

CORAL. Pero la sospecha nada más, la duda, esa duda, que es horrible, nos separa del mismo modo.

JAV. Es que yo no dudo. Yo sé que no ha muerto.

CORAL. ¡Javier!

JAV. Puede usted estar tranquila. Yo le doy mi palabra de honor que no ha muerto.

CORAL. *(Acercándose, cogiéndole las manos.)* Entonces usted lo sabe... Cuando usted dice eso es que sabe dónde está. ¿Verdad, Javier? ¡Conteste! ¡Conteste! ¿Dónde está?

JAV. ¿Lo ve usted, Coral? Es él mismo, él mismo quien la trae hacia mí... Estaba usted allí y yo aquí, pero hablando de él ya estamos juntos.

CORAL. ¡Conteste! Entonces... ¿qué ha hecho?

JAV. Ha huído de nosotros. Ha marchado para dejarnos el camino libre. ¡La vida es nuestra, Coral! ¡Y en la vida es lógico, es humano, que nuestro amor de juventud triunfe por encima de todo! ¡Coral! ¡Déjeme que se lo diga otra vez con toda mi alma! Yo la quiero, yo la...

CORAL. ¡Javier! Váyase. Salga de aquí.

JAV. ¿Qué dice?

CORAL. Salga. No es digno. No es digno que me hable así sabiendo que estoy sola, y no debo escucharle.

JAV. ¡Pero la vida nos espera!

CORAL. No. ¿Cree usted que es noble, que es leal aprovecharnos a espaldas suyas de su sacrificio? No, Javier. Mientras exista ese sacrificio yo no puedo ser feliz jamás. Y yo creía que usted, que era noble y generoso, tampoco debía aceptarlo. El es un padre para los dos. ¡Váyase!... ¡Váyase!

JAV. ¿Esa es su última palabra?

CORAL. ¡La última! ¡Lo juro por él!

JAV. *(En una explosión de alegría.)* ¡Chiquilla! ¡Chiquilla! Ven acá...

CORAL. ¿Qué hace usted? ¿Qué hace?

JAV. Déjame que te bese las manos... ¡Tú mereces ser feliz, tú lo mereces todo! ¿Qué hay en el mundo que pueda compararse con esta grandeza de alma tuya? ¡Chiquilla! Ven acá...

CORAL. ¿Pero qué hace?

JAV. En este instante, en que me estás rechazando, yo me siento orgulloso de ti. ¡ Figúrate lo orgulloso que se sentiría él si te estuviera oyendo !

CORAL. ¿Qué dice usted? ¿Qué dice?

JAV. ¡ Sí, chiquilla, sí ! ¡ El te ha oído en este instante, y al escucharte ahora yo te juro que se siente feliz !

CORAL. ¿Pero dónde? ¿Dónde está?

JAV. Muy cerca de ti.

CORAL. ¿Dónde? ¿Dónde?

JAV. Allí. *(Entra Florencio.)*

CORAL. *(En un grito.)* ¡ Ah, padre ! *(Cae de rodillas, rota de emoción.)*

FLOR. *(Avanza hacia ella despacio, la mira, la coge la cabeza y dice llorando muy bajo.)* Gracias, hija. Gracias. *(Pausa.)* Por mi recuerdo renunciabas a tu dicha, y para oír esto—nada más que para oír esto—pensé que valía la pena de vivir. Gracias, hija.

CORAL. ¿Pero por qué has hecho esto?

FLOR. Quise desaparecer para que fuerais dichosos. Pero al saber que tú venías a encerrarte en esta casa comprendí que mi huída no servía para nada y que yo debía volver. Y en el umbral de esa puerta te he escuchado. Al despreciar por mí tu felicidad me pagaste toda la gratitud que me debías..., y esto se paga tan pocas veces en la vida... Yo te juro que aquel instante no fué más grande que éste. *(La coge llorando y la besa en la frente.)*

CORAL. ¡ Padre !

FLOR. *(Serenándose en un esfuerzo sobrehumano.)* Y ahora... vamos a la solución de nuestro drama.

JAV. ¿La solución?

CORAL. ¿Cuál?

FLOR. Ante la ley, yo sólo sería un ausente..., mi muerte civil no se producía hasta dentro de treinta años. Y esto es también absurdo. Decirle a la felicidad : «Espera, tú no puedes entrar todavía ; yo no puedo ser feliz hasta que se me muera uno de los seres a quien más quiero.» Esto es lo absurdo y esto es lo inmoral. ¡ Lo haya hecho quien lo haya hecho ! Además, la muerte no es nunca una solución. Un tiro o un accidente sería demasiado cómodo. No, no, no. ¡ Los problemas de la vida, con la vida hay que resolverlos !

JAV. Y bien..., en este caso... la solución de la vida ¿cuál es?

FLOR. La humana, la lógica, la única que debe ser generosa, ¡ valiente !

JAV. ¿Cuál?

FLOR. Por encima de todos los prejuicios y de todas las

leyes estamos nosotros mismos. ¡ No hay nada en la vida tan importante como nuestras propias vidas ! Pues bien : ella es mi hija. ¡ Hija, porque sus años y los míos nos separan ; hija, porque nunca fué otra cosa para mí, como tal me quiere y la quiero ! ¿Es esto verdad? ¡ Pues entonces ! ¡ Soy el padre, y el padre es quien os dice que podéis ser felices ! ¡ Sin la ley ! ¡ Que para amar y vivir no hace falta mas que el amor y la vida ! Y esta es la solución. ¡ Pero para aceptarla hay que ser valientes !

JAV. ¿Y esto lo dice usted?

FLOR. Yo, ¡ sí ! Si era capaz de dar mi vida por vosotros, y la vida lo es todo, ¿cómo no voy a ser capaz de deciros esto?

JAV. ¿Pero marcharnos? ¿Separarnos de usted?

FLOR. ¡ No ! ¡ Yo os espero aquí siempre ! Yo sé que vendréis, porque me debéis la felicidad. Todas las mañanas, lu empezar el día, pensaré : «Hoy vienen», y vendréis, yo sé que vendréis. Además, vuestras cartas me contarán vuestra dicha. Ahora el mundo es vuestro ; inundadlo de felicidad. ¡ Yo también soy feliz !

JAV. Así, sí... ¡ Sí ! ¡ Coral !

CORAL. *(Abrazándole.)* ¡ Javier !

FLOR. Sólo queda la amargura de la ley. Cuando llegue el instante máximo de la felicidad—los hijos—llegará también el dolor de no tener nombre que darles. *(Pausa.)* Pero cuando yo muera lo tendrán. Ven acá, Javier. Abrázame, hijo. Hijo mío, yo sé que lo tendrán.

JAV. *(Llorando.)* ¡ Padre ! Se lo juro a usted por esta palabra santa : padre.

FLOR. *(Le coge temblando, quiere hablar, pero luego dice concreto, rotundo.)* Te creo. *(Se oyen voces.)*

CORAL. Don Ignacio viene.

FLOR. Pues dejadle entrar.

IGN. Florencio... ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?

FLOR. Algo verdaderamente extraordinario. Lo más interesante que has visto en tu vida lo vas a ver ahora. Yo, muerto ante el mundo, desaparecido ante la ley..., ¡ nadie ! Soy un hombre. ¿Te parece poco? ¡ Estás viendo a un hombre ! ¡ Fíjate bien !

IGN. ¿Pero qué has hecho?

FLOR. He arrojado a mi mujer en los brazos de otro. ¿Te parece monstruoso? ¡ Pues me vas a aplaudir, espectador ! Espera, espera... que te cuente..., tú verás... «Una vez...»

TELÓN

Fernández

LEANDRO F. DE MORATÍN

La comedia nueva

o

El Café

PERSONAJES

DON ELEUTERIO
DOÑA AGUSTINA
DOÑA MARIQUITA
DON HERMOGENES
DON PEDRO
DON ANTONIO
DON SERAPIO
PIPÍ

La escena es en un café de Madrid inmediato a un teatro.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro, una puerta con escalera a la habitación principal, y otra puerta a un lado, que da paso a la calle.

La acción empieza a las cuatro de la tarde y acaba a las seis.

ESCENA I

DON ANTONIO, PIPÍ

Don Antonio, sentado junto a una mesa; Pipí, paseándose.

ANT. ¡Parece que se hunde el techo, Pipí!
PIPÍ. ¡Señor!
ANT. ¿Qué gente hay arriba, que arma tal estrépito? ¿Son locos?
PIPÍ. No, señor; poetas.
ANT. ¿Cómo poetas?
PIPÍ. Sí, señor. ¡Así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino; ¡uh!
ANT. ¿Y con qué motivo se hace esa francachela?
PIPÍ. Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.
ANT. ¿Conque han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!
PIPÍ. Pues qué, ¿no lo sabía usted?
ANT. No por cierto.
PIPÍ. Pues ahí está el anuncio en el «Diario».

ANT. En efecto, aquí está. (*Leyendo en el «Diario», que está sobre la mesa.*) «Comedia nueva, intitulada El Gran Cerco de Viena.» ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí, cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ. Pues, mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa...

ANT. ¿Cómo?

PIPÍ. Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!,..

ANT. ¡Oh! Los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPÍ. No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡Cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

ANT. ¡Oiga! ¿También las señoras decían coplillas?

PIPÍ. ¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componía de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel don Hermógenes y tirarle miguitas de pan al peluquín.

ANT. ¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedantón!

PIPÍ. Pues con ése se estaba jugando; y cuando la decían: «Mariquita, una copla, vaya una copla», se hacía la vergonzosa; y por más que la estuvieron azuzando a ver si rompía, nada. Empezó una décima y no la pudo acabar, porque decía que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada..., ¡oh!, aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

ANT. Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ. ¡Eh!, ése es don Serapio.

ANT. Pero ¿qué es? ¿Qué ocupación tiene?

PIPÍ. El es..., mire usted: a él le llaman don Serapio.

ANT. ¡ Ah !, sí. Ese es aquel bullebulle que hace gestos a las cómicas, y las tira dulces a la silla cuando pasan, y va todos los días a saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente y las partes de por medio.

PIPÍ. Ese mismo. ¡ Oh !, ése es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas a desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se va allá bajo, al barrio de Jesús; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, ríen, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una; se despiden, y él se va a comer con el apuntador.

ANT. ¿ Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPÍ. ¡ Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

ANT. ¿ Qué me dices? ¿ Don Hermógenes se casa?

PIPÍ. ¡ Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia y lo que ganará en la impresión les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

ANT. Sí serán. ¡ Cáspita, sí serán! Pero y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿ qué harán entonces?

PIPÍ. Entonces, ¿ qué sé yo? ¡ Pero qué! No, señor. ¡ Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas!

ANT. ¡ Ah ! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena y cuál deja de serlo.

PIPÍ. Eso digo yo; pero a veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡ qué!, les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres o cuatro a beber ponch, y empezaron a hablar de comedias; ¡ vaya!, yo no me

puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¡Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos! Y dale con el arte, el arte, la moral y... deje usted. Las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decían? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

ANT. Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

PIPÍ. Pues ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

ANT. Sí tal; aquí también se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán a media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPÍ. Pues ya se ve; mire usted, ¡reglas! No faltaba más. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

ANT. ¡Oh!, eso yo te lo fío. Bien puedes apostar ciento contra uno a que no las tiene.

PIPÍ. Y las demás que van saliendo cada día tampoco las tendrán. ¿No es verdad, usted?

ANT. Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. ¡No, señor!

PIPÍ. Bien; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque lo que él dice: Si yo me pudiera ajustar con los cómicos a jornal, entonces... ¡Ya se ve!; mire usted si con un buen situado podía él...

ANT. Cierto. (*Ap.* ¡Qué simplicidad!)

PIPÍ. Entonces escribiría. ¡Qué!, todos los meses sacaría dos o tres comedias. Como es tan hábil...

ANT. ¿Conque es muy hábil, eh?

PIPÍ. ¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro o cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros; y, ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo: No nos ha gustado; o así: Andar, ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno; y, en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

ANT. Pues ya.

PIPÍ. Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece a mí que ha de dar golpe.

ANT. ¿Conque es la primera?

PIPÍ. La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro o cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como después se hizo paje y el amo se le murió a lo mejor, y él se había casado de secreto con la doncella y tenían ya dos criaturas, y después les han nacido otras dos o tres, viéndose él así, sin oficio ni beneficio ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

ANT. Y ha hecho muy bien.

PIPÍ. ¡Pues ya se ve! Lo que él dice: Si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

Café. Don Pedro se sienta junto a una mesa distante de don Antonio; Pipí le servirá el café.

PIPÍ. Al instante.

ANT. No me ha visto.

PIPÍ. ¿Con leche?

PEDRO. No..., basta.

PIPÍ. ¿Quién es éste? *(Al retirarse, después de haber servido el café a don Pedro.)*

ANT. Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un

carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable a cuantos no son sus amigos.

PIPÍ. Le veo venir aquí algunas veces; pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI

SER. ¡Pero, hombre, dejarnos así! *(Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.)*

ELEUT. Si se lo he dicho a usted ya. La tonadilla que han puesto a mi función no vale nada, la van a silbar, y quiero concluir esta mía para que la canten mañana.

SER. ¿Mañana? ¿Conque mañana se ha de cantar, y aún no están hechas ni letra ni música?

ELEUT. Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho o diez versos de introducción diciendo que callen y atiendan, y chitito. Después unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc.; y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser, la que se pone en todas; se añade o se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

SER. ¡El diantre es usted, hombre! Todo se lo halla hecho.

ELEUT. Voy, voy a ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase usted. *(Don Eleuterio se sienta junto a una mesa inmediata al foro, saca de la faltriquera papel y tintero y escribe.)*

SER. Voy allá; pero...

ELEUT. Sí, sí, váyase usted; y si quieren más licor, que lo suba el mozo.

SER. Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos más. ¡Pipí!

PIPÍ. ¡Señor!

SER. Palabra. *(Don Serapio habla en secreto a Pipí y vuelve a irse por la puerta del foro; Pipí toma del aparador unos frasquillos y se va por la misma parte.)*

ANT. ¿Cómo va, amigo don Pedro? *(Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.)*

PEDRO. ¡Oh, señor don Antonio! No había reparado en usted. Va bien.

ANT. ¿Usted a estas horas por aquí? Se me hace extraño.

PEDRO. En efecto, lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié y me vine.

ANT. Pues; con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado a vivir como un ermitaño en medio de la corte.

PEDRO. No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y a ellos debo los más felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda más digna de un hombre de bien.

ANT. Sí; pero cuando la verdad es dura a quien ha de oírla, ¿qué hace usted?

PEDRO. Callo.

ANT. ¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

PEDRO. Me voy.

ANT. No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

PEDRO. Digo la verdad.

ANT. Aquí mismo he oído hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instrucción y su

probidad, pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

PEDRO. ¿Y por qué? Porque no vengo a predicar al café; porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana; porque no disputo ni ostento erudición ridícula, como tres, o cuatro, o diez pedantes que vienen aquí a perder el día y a excitar la admiración de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinión que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

ANT. Pues ¿qué debe hacer?

PEDRO. Tomar café.

ANT. ¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

PEDRO. A la comedia.

ANT. ¿Supongo que irá usted a ver la pieza nueva?

PEDRO. ¡Qué! ¿Han mudado? Ya no voy.

ANT. Pero ¿por qué? Vea usted sus rarezas. *(Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.)*

PEDRO. ¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay más que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

ELEUT. ¡Hola! Parece que hablan de mi función. *(Escuchando la conversación.)*

ANT. De suerte que o es buena o es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si, por el contrario, está llena de sandeces, se ríe uno, se pasa el rato y tal vez...

PEDRO. Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el bastón y el asiento si hubiera podido. A mí me irrita lo que a usted le divierte. *(Guarda don Eleuterio papel y tintero, se levanta y se va acercando poco a poco, hasta ponerse en medio de los dos.)* Yo no sé; usted tiene talento y la instrucción necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplau-

sos a lo más disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas e ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero, amigo...

ANT. Sí, señor, que me divierto. Y, por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos a ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles?...

ELEUT. No, pues... Con permiso de ustedes. La función de esta tarde es muy bonita, seguramente; bien puede usted ir a verla; que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

ANT. ¿Es éste el autor? *(Don Antonio se levanta y después de la pregunta que hace a Pipí vuelve a hablar con don Eleuterio.)*

PIPÍ. El mismo.

ANT. ¿Y de quién es? ¿Se sabe?

ELEUT. Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene protección.

PEDRO. Si es esta la primera pieza que da al teatro, aún no puede quejarse; si ella es buena agradará necesariamente, y un Gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan a una nación los progresos de la literatura, no dejará sin premio a cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

ELEUT. Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta), y muchas gracias.

ANT. ¿Quince? Pues yo creí que eran veinticinco.

ELEUT. No, señor; ahora, en tiempo de calor, no se da más. Si fuera por el invierno, entonces...

ANT. ¡Calle! ¿Conque empezando a helar valen más las comedias? Lo mismo sucede con los besugos. *(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hacia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve a hablar con don*

Antonio, parándose o siguiéndole, lo cual formará juego de teatro.)

ELEUT. Pues, mire usted, aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen a éste, otros a aquél, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos a escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¡Qué sé yo cuánta ensalada trae allí! Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra a trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

ANT. Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra a los autores de la corte.

ELEUT. Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles...

ANT. Cierto.

ELEUT. Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga...

ANT. En efecto.

ELEUT. El cuarto...

ANT. ¡Oh!, sí el cuarto. Los caseros son crueles.

ELEUT. Y si hay familia...

ANT. No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

ELEUT. Vaya usted a competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

ANT. ¿Y qué remedio? Ahí no hay más sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que...

ELEUT. ¿La ha leído usted?

ANT. No por cierto.

PEDRO. ¿La han impreso?

ELEUT. Sí, señor. ¿Pues no se había de imprimir?

PEDRO. Mal hecho. Mientras no sufra el examen del público en el teatro, está muy expuesta; y, sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

ANT. ¡Qué! No, señor. Si le digo à usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

ELEUT. Se vende en los puestos del «Diario», en la librería de Pérez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita y en el puesto de los cobradores a la entrada del coliseo. Se vende también en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la...

PEDRO. ¿Se acabará esta tarde esa relación?

ELEUT. Como el señor preguntaba...

PEDRO. Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

ANT. Pues la he de comprar; no tiene remedio.

PIPÍ. Si yo tuviera dos reales... ¡Voto va!

ELEUT. Véala usted aquí. *(Saca una comedia impresa y se la da a don Antonio.)*

ANT. ¡Oiga! Es ésta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien; así me gusta; con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. *(Lee don Antonio.)* «Por don Eleuterio Crispín de Andorra...» «Salen el Emperador Leopoldo, el Rey de Polonia y Federico Senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares a caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el Emperador:

«Ya sabéis, vasallos míos,
que habrá dos meses y medio
que el turco puso a Viena
con sus tropas el asedio,
y que para resistirle
unimos nuestros denuedos,
dando nuestros nobles bríos
en repetidos encuentros
las pruebas más relevantes
de nuestros invictos pechos.»

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

«Bien conozco que la falta
del necesario alimento
ha sido tal que, rendidos
de la hambre y los esfuerzos,
hemos comido ratones,
sapos y sucios insectos.»

ELEUT. ¿Qué tal? ¿No le parece a usted bien? *(Hablando a don Pedro.)*

PEDRO. ¡Eh! A mí, qué...

ELEUT. Me alegro que le guste a usted. Pero, no, donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele usted... Ahí..., por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

ANT. ¿Muerta?

ELEUT. Sí, señor; muerta.

ANT. ¡Qué situación tan cómica! Y estas exclamaciones que hace aquí, ¿contra quién son?

ELEUT. Contra el Visir, que la tuvo seis días sin comer porque ella no quería ser su concubina.

ANT. ¡Pobrecita! ¡Ya se ve! El Visir sería un bruto.

ELEUT. Sí, señor.

ANT. Hombre arrebatado, ¿eh?

ELEUT. Sí, señor.

ANT. Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?

ELEUT. Cierto.

ANT. Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

ELEUT. Sí, señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

ANT. ¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa como le pone! Oiga usted, don Pedro.

PEDRO. ¡No, por Dios; no lo lea usted!

ELEUT. Es que es uno de los pedazos más terribles de la comedia...

PEDRO. Con todo eso.
ELEUT. Lleno de fuego.
PEDRO. Ya.
ELEUT. Buena versificación...
PEDRO. No importa.
ELEUT. Que alborotará en el teatro si la dama lo esfuerza.
PEDRO. Hombre, si he dicho ya que...
ANT. Pero a lo menos, el final del acto segundo es menester oírle. *(Lee don Antonio, y al acabar da la comedia a don Eleuterio.)*

Emperador. Y en tanto que mis recelos...
Visir. Y mientras mis esperanzas...
Senescal. Y hasta que mis enemigos...
Emperador. Averiguo.
Visir. Logre.
Senescal. Caigan.
Emperador. Rencores, dadme favor.
Visir. No me dejes, tolerancia.
Senescal. Denuedo, asiste a mi brazo.
Todos. Para que admire la patria
el más generoso ardid
y la más tremenda hazaña.

PEDRO. Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate. *(Se levanta impaciente, en ademán de irse.)*
ELEUT. ¿Disparates los llama usted?
PEDRO. ¡Pues no! *(Don Antonio observa a don Eleuterio y a don Pedro y se ríe de entrambos.)*
ELEUT. ¡Vaya, que es también demasiado! ¡Disparates! ¡Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia! Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los días, y siempre gusta, y siempre lo aplauden a rabiar.
PEDRO. ¿Y esto se representa en una nación culta?
ELEUT. ¡Cuenta que me ha dejado contento la expresión! ¡Disparates!...
PEDRO. ¿Y esto se imprime para que los extranjeros se burlen de nosotros?

ELEUT. ¡Llamar disparates a una especie de coro entre el Emperador, el Visir y el Senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. ¡Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure! ¡Disparates! ¡Cuidado que...!

PIPÍ. No haga usted caso.

ELEUT. *(Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.)* Yo no hago caso, pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusión puede ser más natural ni más ingeniosa. El Emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El Visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPÍ. ¡Calle! ¡Hay traidor también! ¡Cómo me gustan a mí las comedias en que hay traidor!

ELEUT. Pues, como digo, el Visir está loco de amores por ella; el Senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el Conde anda tras de quitarle el empleo y continuamente lleva chismes al Emperador contra él; de modo que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello y no hay cosa más natural. *(Lee don Eleuterio, lo suspende y se guarda la comedia.)*

Y en tanto que mis recelos...
Y mientras mis esperanzas...
Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! ¡A qué buena ocasión llega usted! *(Sale don Hermógenes por la puerta del foro.)*

ESCENA IV

DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

HERM. Buenas tardes, señores.

PEDRO. A la orden de usted.

ANT. Felicísimas, amigo don Hermógenes.

ELEUT. Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado *(Don Pedro se acerca a la mesa en que está el «Diario», lee para sí y a veces presta atención a lo que hablan los demás.)* para decidir la cuestión que se trata. Todo el mundo sabe su instrucción y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios y, sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

HERM. Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted solo es acreedor a toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el más ameno de nuestros días, su profunda erudición, su delicado gusto en el arte rítmico, su...

ELEUT. Vaya, dejemos eso.

HERM. Su docilidad, su moderación...

ELEUT. Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

HERM. Estas prendas sí que merecen admiración y encomio.

ELEUT. Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada o no.

HERM. ¿Disparatada? ¿Y quién ha prorrumpido en un aserto tan...?

ELEUT. Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada más.

HERM. Sí diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. «Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.» Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. «Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...»

ELEUT. Hombre, pero si...

ANT. *(Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.)* Yo reviento.

HERM. «Cai gar ai praxeis an mimeseis oi...»

ELEUT. Pero...

HERM. «Mythoi eisin i archousin.»

ELEUT. Pero si no es eso lo que a usted se le pregunta.

HERM. Ya estoy en la cuestión. Bien que, para la mejor inteligencia, convendría explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición o anagnórisis, partes necesarias a toda buena comedia, y que, según Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

ELEUT. Bien, todo eso es admirable; pero...

PEDRO. Este hombre es loco.

HERM. Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

ELEUT. ¡Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...!

HERM. Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxipo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crates, Epicrates, Menecrates y Pherecrates...

ELEUT. Si le he dicho a usted que...

HERM. Y los más celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron «nemine discrepante» en que la prótasis debe preceder a la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del «Cerco de Viena»...

PEDRO. Adiós, señores. *(Se encamina hacia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.)*

ANT. ¿Se va usted, don Pedro?

PEDRO. ¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oír eso?

ANT. Pero si el amigo don Hermógenes nos va a probar, con la autoridad de Hipócrates y Martín Lutero, que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

HERM. Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido a propalar tal aserción.

PEDRO. Pues yo delante de usted la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leído de ella y por ser usted el que la abona infiero que ha de ser cosa detestable, que su autor será un hombre sin principios ni talento y que usted es un erudito a la violeta, presumido y fastidioso hasta no más. Adiós, señores. *(Hace que se va y vuelve.)*

ELEUT. *(Señalando a don Antonio.)* Pues a este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

PEDRO. A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas más que por el ingenio por la necesidad o la presunción. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está a tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran a destajo; que siga otra carrera en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir a su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes, y que mientras ésta no se verifique los buenos ingenios que tiene la nación o no harán nada o harán lo que únicamente baste para

manifestar que saben escribir con acierto y que no quieren escribir.

HERM. Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho que...

PEDRO. Séneca dice en todas sus epístolas que usted es un pedantón ridículo, a quien yo no puedo aguantar. Adiós, señores.

ESCENA V

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, PIPÍ

HERM. ¡Yo pedantón! *(Encarándose hacia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.)* ¡Yo, que he compuesto siete profusiones grecolatinas sobre los puntos más delicados del Derecho!

ELEUT. ¡Lo que él entenderá de comedias, cuando dice que la conclusión del segundo acto es mala!

HERM. Él será el pedantón.

ELEUT. ¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince días! Y si empieza a llover...

HERM. Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor a cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

ANT. Nadie pone duda en el mérito de usted, señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

ELEUT. Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

ANT. Sí, señor, gustará. Voy a ver si le alcanzo; y «velis nolis», he de hacer que la vea, para castigarle.

ELEUT. Buen pensamiento; sí, vaya usted.

ANT. En mi vida he visto locos más locos.

ESCENA VI

DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO

ELEUT. ¡Llamar detestable a la comedia! ¡Vaya, que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!

HERM. «Aquila non capit muscas», don Eleuterio. Quiero decir que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo...

ELEUT. ¡Oh!

HERM. Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

ELEUT. Ninguno. Vamos; tan completo como usted, ninguno.

HERM. Que reuna el ingenio a la erudición, la aplicación al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado a reunirlos. ¿Eh?

ELEUT. Vaya, de eso no hay que hablar: es más claro que el sol que nos alumbra.

HERM. Pues bien; a pesar de eso, hay quien me llama pedante y casquivano y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir más lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol, delante de cuarenta o cincuenta personas.

ELEUT. ¡Picardía! Y usted, ¿qué hizo?

HERM. Lo que debe hacer un gran filósofo: callé, tomé un polvo y me fuí a oír misa a la Soledad.

ELEUT. Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

HERM. Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame usted: ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar a usted a cuenta de los quince doblones de la comedia?

ELEUT. Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba.

Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta o no.

HERM. ¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasión más crítica para mí! Bien dice Tito Livio que cuando...

ELEUT. Pues ¿qué hay de nuevo?

HERM. Ese bruto de mi casero... El hombre más ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza...

ELEUT. No hay que afligirse. Mañana o esotro es regular que me den el dinero; pagaremos a ese bribón, y si tiene usted algún pico en la hostería, también se...

HERM. Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

ELEUT. Pues bien: con la impresión lo menos ganaré cuatro mil reales.

HERM. Lo menos. Se vende toda seguramente. *(Vase Pipí por la puerta del foro.)*

ELEUT. Pues con ese dinero saldremos de apuros; se adornará el cuarto nuevo: unas sillas, una cama y algún otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer; ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que pegando la de hoy las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entretanto ya tendré algunas hechas y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y, sobre todo, usted saldrá colocado de hoy a mañana: una intendencia, una toga, una embajada; ¡qué sé yo! Ello es que el ministro le estima a usted, ¿no es verdad?

HERM. Tres visitas le hago cada día.

ELEUT. Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán...

HERM. Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

ELEUT. ¿Y qué dice?

HERM. En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del poeta: «Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres».

ELEUT. ¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

HERM. Que bien; que ya está enterado de mi olicitud.

ELEUT. ¡Pues no le digo a usted! ¡Vamos! Eso stá conseguido.

HERM. Mucho lo deseo, para que a este consorio apetecido acompañe el episodio de tener qué comer, uesto que «sine Cerere et Bacho friget Venus». Y enonces, ¡oh, entonces!... Con un buen empleo y la lanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numeosa y masculina sucesión. *(Vanse por la puerta del oro.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO.

Salen por la puerta del foro.

SER. El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

ELEUT. ¿Y el sueño del Emperador?

AGUST. ¿Y la oración que hace el Visir a sus ídolos?

MARIQ. Pero a mí me parece que no es regular que el Emperador se durmiera, precisamente en la ocasión más...

HERM. Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben del cerebro...

AGUST. Pero ¿usted hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no sabe lo que se dice... Y a todo esto, ¿qué hora tenemos?

SER. Serán... Deje usted. Podrán ser ahora...

HERM. Aquí está mi reloj *(Saca su reloj.)*, que es puntualísimo. Tres y media cabales.

AGUST. ¡Oh! Pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente. *(Siéntanse todos, menos don Eleuterio.)*

SER. ¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier día...; pero hoy todo el mundo va a la comedia.

AGUST. Estará lleno, lleno.

SER. Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

ELEUT. Ya se ve: comedia nueva, autor nuevo y...

AGUST. Y que ya la habrán leído muchísimos y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces más grande.

SER. Hoy los Chorizos se mueren de frío y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro a que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

ELEUT. Conque la apuesta se hizo en efecto, ¿eh?

SER. No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiar! Y que...

ELEUT. Soy con ustedes; voy aquí a la librería y vuelvo.

AGUST. ¿A qué?

ELEUT. ¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razón de lo que va vendido para que...

AGUST. Sí, es verdad. Vuelve presto.

ELEUT. Al instante. *(Vase.)*

MARIQ. ¡Qué inquietud! ¡Qué ir y venir! No para este hombre.

AGUST. Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

MARIQ. ¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas, porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

AGUST. Pero ¿por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres y qué falta de comprensión!

MARIQ. Pues; siempre me está usted diciendo

eso. *(Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador y vuelve a irse por la misma parte.)* ¡Vaya, que algunas veces me...! ¡Ay, don Hermógenes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluídas y poderme ir a comer un pedazo de pan con quietud a mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

HERM. No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo me tiene a mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

MARIQ. ¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera a usted!

HERM. Pues ¿quién ama tan de veras como yo? ¿Cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seleucidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mío?

AGUST. ¡Discreta hipérbole! ¡Viva, viva! Respóndele, bruto.

MARIQ. ¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

AGUST. ¡Me desespera!

MARIQ. Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire usted: para decirme «Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos verá usted cómo todo se dispone, porque la quiero a usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué sé yo?» Así. Las cosas que dicen los hombres.

AGUST. Sí; los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento ni saben latín.

MARIQ. ¡Pues, latín! Maldito sea su latín. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latín, y para decir que se quiere casar conmigo me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso ni qué les importará a ellos que nosotros nos casemos o no.

AGUST. ¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes, lo que le he dicho a usted: es menester que usted se dedique a instruirla y descortezarla, porque, la ver-

dad, esa estupidez me avergüenza. Yo bien sabe Dios que no he podido más. Ya se ve, ocupada continuamente en ayudar a mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas a fin de que salgan con la debida perfección, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya, yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruídas es un tormento la fecundidad.

MARIQ. ¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

AGUST. Calla, majadera, que vas a decir un disparate.

HERM. Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la Prosodia; haré que copie a ratos perdidos el «Arte magna» de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos o tres hojas del Diccionario de Rubiños. Después aprenderá los logaritmos y algo de la estética; después...

MARIQ. Después me dará un tabardillo pintado y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor. Si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta; sé guisar, sé planchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mía, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la Gramática y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿Para perder el juicio? Que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga o corta; siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales o no, si el lance a oscuras ha de ser antes de la batalla o después del veneno, y manoseando continuamente «Gacetas» y «Mercurios» para buscar

nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en «of» y en «graf», para embutir con ello sus relaciones... Y entretanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen, y, lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece a usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

SER. ¡Yo, señora! ¿Cómo quiere usted que...?

MARIQ. Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo a libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré a la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del día anterior. Y éramos seis bocas a comer, que el más desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

AGUST. Esta es su canción: siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como yo y más trabajo en un rato que me ponga a corregir alguna escena o arreglar la ilusión de una catástrofe que tú cosiendo y fregando u ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

HERM. Sí, Mariquita, sí; en eso tiene razón mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo a otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, «ipso facto» se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertación que leí a la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados «pollex», «index» e infamis», que es decir que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta sólo la costumbre de la mano. Y concluí, a satisfacción de todo mi auditorio, que es más difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo, y que más elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas que la que sólo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo o un carnero verde.

MARIQ. Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos, no se necesita cocina.

HERM. Bien está; sea lo que usted quiera, ídolo

mío; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez («angustam pauperien», que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

MARIQ. ¿Y qué dice el profano? ¿Que no silbarán esta tarde la comedia?

HERM. No, señora; la aplaudirán.

SER. Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

MARIQ. No, pues no decían eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel más alto, a fe que no se mordía la lengua.

SER. ¿Alto?; uno alto, ¿eh? Ya le conozco. *(Se levanta.)* ¡Picarón!, ¡vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribón! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! Que él fué el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de «El Monstruo más espantable del ponto de Calidonia», que la hizo un sastre pariente de un vecino mío; pero yo le aseguro al...

MARIQ. ¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ése de quien yo hablo...

SER. Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

MARIQ. Si no es ése...

SER. ¡Mayor gatallón! ¡Y qué mala vida dió a su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que a un perro.

MARIQ. Pero si no es ése, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente, que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

SER. Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera..., ¡eh!... Pero el otro día, ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes *(Vuelve a sentarse.)* por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo a casa de la Ramírez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; después les saca un poco de queso, o unos pimientos en vinagre, o

así; y luego se van a palmotear como desesperados a las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio; ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y a la primera comedia que echen en el otro corral, ¡zas!, sin remisión, a silbidos se ha de hundir la casa. A ver...

MARIO. ¿Y si ellos nos ganasen por la mano y hacen con la de hoy otro tanto?

AGUST. Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos días para que no le suceda un chasco. El se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los días a su casa a ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste a ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina y vea usted si empieza a espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado que no hay más que pedir; porque, en fin, el que necesita es preciso que... Y, por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer. ¡A buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben!

HERM. Y, sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría a imponer taciturnidad y admiración a la turba más gárrula, más desenfrenada e insipiente.

AGUST. Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia heroica como ésta, con más de nueve lances que tiene. Un desafío a caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una función de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado. Figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

SER. ¡Toma si gustará!

HERM. Aturdirá.

SER. Se despoblará Madrid por ir a verla.

MARIQ. Y a mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de toros.

ESCENA II

DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES

AGUST. Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

ELEUT. Hasta ahora...

AGUST. Deja; me parece que voy a acertar. Habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

ELEUT. Ayer por la mañana. Tres o cuatro hice poner en cada esquina.

SER. ¡Ah! Y cuide usted *(Levántase.)* que les pongan buen engrudo, porque si no...

ELEUT. Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

AGUST. El «Diario» y la «Gaceta» la han anunciado ya. ¿Es verdad?

HERM. En términos precisos.

AGUST. Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

SER. ¡Qué friolera! Y más de ochocientos también.

AGUST. ¿He acertado?

SER. ¿Es verdad que pasan de ochocientos?

ELEUT. No, señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, según me acaban de decir, no se han despachado más que tres ejemplares, y esto me da malísima espina.

SER. ¿Tres no más? Harto poco es.

AGUST. Por vida mía que es bien poco.

HERM. Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo; porque nada hay que sea poco ni mucho «per se», sino respectivamente. Y así,

si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relación a nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, también estos mismos tres ejemplares relativamente a uno componen una triplicada cantidad, a la cual podemos llamar mucho por la diferencia que va de uno a tres. De donde concluyo que no es poco lo que se ha vendido y que es falta de ilustración sostener lo contrario.

AGUST. Dice bien, muy bien.

SER. ¡Qué! ¡Si en poniéndose a hablar este hombre!...

MARIQ. Pues en poniéndose a hablar probará que lo blanco es verde y que dos y dos son veinticinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero, al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán más que tres?

ELEUT. Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

MARIQ. Pues; seis reales, cuando esperábamos montones de oro con la tal impresión. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma a la sepultura. *(Llorando.)* ¡Pobrecita de mí!

HERM. No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

MARIQ. ¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendría mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA

ANT. A la orden de ustedes, señores.

ELEUT. Pues ¿cómo tan presto? ¿No dijo usted que iría a ver la comedia?

ANT. En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

ELEUT. ¿Aquel caballero de tan mal humor?

ANT. El mismo. Que quieras que no, le he acomodado *(Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.)* en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; pero ¡qué!, ni luneta, ni palcos, ni tertulias, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

AGUST. Si lo dije.

ANT. Es mucha la gente que hay.

ELEUT. Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

AGUST. Sí, puede usted venir con toda satisfacción, caballero.

ANT. Señora, doy a usted mil gracias por su atención; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primera tonadilla; conque...

SER. ¿La tonadilla? *(Se levantan todos.)*

MARIQ. ¿Qué dice usted?

ELEUT. ¿La tonadilla?

AGUST. ¿Pues cómo han empezado tan presto?

ANT. No, señora; han empezado a la hora regular.

MARIQ. No puede ser; si ahora serán...

HERM. Yo le diré. *(Saca el reloj.)* Las tres y media en punto.

MARIQ. ¡Hombre! ¿Qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

AGUST. A ver... *(Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oído y se le vuelve.)* ¡Si está parado!

HERM. Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

MARIQ. Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

AGUST. Vamos.

ELEUT. ¡Cuidado que es cosa particular! ¡Voto a sanes! La casualidad de...

MARIQ. Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

SER. Aquí está.

ANT. Llegarán ustedes al segundo acto.
MARIO. Vaya, que este don Hermógenes...
AGUST. Quede usted con Dios, caballero.
MARIO. Vamos a prisa.
ANT. Vayan ustedes con Dios.
SER. A bien que cerca estamos.
ELEUT. Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...
MARIO. Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV

DON ANTONIO, PIPÍ

ANT. ¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?
PIPÍ. Sí, señor.
ANT. ¡Qué paso llevan! Ya se ve: se fiaron del reloj de don Hermógenes.
PIPÍ. Pues yo no sé qué será, pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.
ANT. Serán los del patio, que están sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande, y, por otra parte, meter cuatro donde no caben más que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar a la puerta y más que revienten dentro.

ESCENA V

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI

ANT. ¡Calle! ¿Ya está por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

PEDRO. ¡Hombre! No me hable usted de comedia *(Se sienta.)*, que no he tenido rato peor muchos meses ha.

ANT. Pues ¿qué ha sido ello? *(Sentándose junto a don Pedro.)*

PEDRO. ¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir, gracias a la recomendación de usted, casi todo el primer acto, y, por añadidura, una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar y la aproveché.

ANT. ¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

PEDRO. Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... ¡Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás a ver esas tonterías! A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor; menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mía, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar o disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen más Calderón, Solís, Rojas, Moreto, cuando deliran que estotros cuando quieren hablar en razón.

ANT. La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer a ella; pero dígame usted: el

pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedión?

PEDRO. No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré a pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado a oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

ANT. ¿Qué dice usted?

PEDRO. Es increíble. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido común. En suma: es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los días.

ANT. Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

PEDRO. Pero ¿no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres más doctos de la nación sobre la necesidad de su reforma se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

ANT. Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? Reír o rabiar; no hay otra alternativa... Pues yo más quiero reír que impacientarme.

PEDRO. Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la Literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, a la gloria y a la conservación de los imperios; el teatro influye inmediata-

mente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

ANT. Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es ésta?

ESCENA VI

DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

SER. ¡Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua!

ANT. ¿Qué ha sucedido? *(Se levantan don Antonio y don Pedro.)*

SER. No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ. Voy, voy allá.

SER. Despáchate.

PIPÍ. ¡Por vida del hombre! *(Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.)* ¿Por qué no mira usted?

HERM. ¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico o cualquiera quinta esencia antiespasmódica para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

ANT. Yo no, no traigo.

PEDRO. Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

ELEUT. Sí; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio. *(Doña Agustina, muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)*

SER. Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPÍ. ¡Qué! Si está en un camaranchón que...

ELEUT. No importa.

PIPÍ. ¡La cama! La cama es un jergón de arpillera y...

SER. ¿Qué quiere decir eso?

ELEUT. No importa nada. Allí estará un rato y veremos si es cosa de llamar a un sangrador.

PIPÍ. Yo bien, si ustedes...

AGUST. No, no es menester.

MARIQ. ¿Se siente usted mejor, hermana?

ELEUT. ¿Te vas aliviando?

AGUST. Alguna cosa.

SER. Ya se ve. El lance no era para menos.

ANT. Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido éste?

ELEUT. ¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y malintencionada que... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

PEDRO. No acabo de comprender.

MARIQ. Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mío, marido de esta señora y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido a verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí ha-

bía una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y después un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salía la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre. El muchacho decía: «Madre, déme usted pan»; y la madre invocaba a Demogorgón y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre e hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas!, ¡qué toser!, ¡qué estornudos!, ¡qué bostezar!, ¡qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no había comido en seis días, y apenas el chico empezó a pedirla pan, y ella a decirle que no le tenía, cuando, para servir a ustedes, la gente (que a la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo a alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecía sino que toda la casa se venía al suelo. Corrieron el telón; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; a mi hermana se la oprimió el corazón de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oído ni visto; en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido a un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido a parar tantos proyectos! Bien decía yo que era imposible que... *(Siéntase junto a doña Agustina.)*

ELEUT. ¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted a estos señores... Tome usted. *(Saca la comedia y se la da a don Hermógenes.)* Léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis días tiene razón de morirse, y es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan a su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

HERM. Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. *(Deja la comedia sobre una mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla dis-*

tante, y lee con particular atención y complacencia.) Estoy de prisa. Nos veremos otro día y...

ELEUT. ¿Se va usted?

MARIQ. ¿Nos deja usted así?

HERM. Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me movería de aquí; pero...

MARIQ. No se vaya usted.

HERM. Me es muy doloroso asistir a tan acerbo espectáculo. Tengo que hacer. En cuanto a la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite. Bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexión, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

ELEUT. ¿Qué defectos?

HERM. Algunos que tiene.

PEDRO. Pues no decía usted eso poco tiempo ha.

HERM. Fué para animarle.

PEDRO. Y para engañarle y perderle. Si usted conocía que era mala, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

HERM. Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la comedia es mala.

AGUST. ¿Conque es mala?

HERM. Malísima.

ELEUT. ¿Qué dice usted?

AGUST. Usted se chancea, don Hermógenes; no puede ser otra cosa.

PEDRO. No, señora, no se chancea; en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

AGUST. Poco a poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta y otra que usted nos lo venga a repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

PEDRO. Si usted es marido de esa *(A don Eleuterio)* señora, hágala usted callar, porque aunque no puede

ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta a hablar de lo que no entiende.

AGUST. ¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho a usted que...?

ELEUT. Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves *(Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.)* cómo estás... ¡Válgame Dios, señor! Pero amigo *(A don Hermógenes)*, no sé qué pensar de usted.

HERM. Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dicen Platón y el abate Lampillas...

ELEUT. Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como a un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado a concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazón para exponerme a los silbidos, al palmoteo y a la zumba de esta tarde?

HERM. Usted es pacato y pusilámine en demasía... ¿Por qué no le anima a usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven a escribir; vuelven a silbarlos, y vuelven a escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!

MARIQ. ¿Y qué quiere usted *(Levántase.)* decir con esto? Ya no tengo paciencia para callar más. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...?

HERM. Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

AGUST. Vaya usted con Dios y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! ¡No sé como *(Se levanta muy enojada, encaminándose hacia don Hermógenes, que se va retirando de ella.)* no me tiro a él!... ¡Váyase usted!

HERM. ¡Gente ignorante!
AGUST. ¡Váyase usted!
ELEUT. ¡Picarón!
HERM. ¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPI

ELEUT. ¡Ingrato, embustero! ¡Después *(Se sienta con ademanes de abatimiento.)* de lo que hemos hecho por él!

MARIQ. Ya ve usted, hermana, lo que ha venido a resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazón... Mire usted qué hombre; después de haberme traído en palabra tanto tiempo y, lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que a lo menos es hombre de bien, y no sabe latín ni se mete en citar autores como ese bribón... ¡Pobre de mí! Con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar, por el maldito empeño de ustedes de que me había de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone): quitarme mi acomodo, engañar a mi hermano, perderle y hartarnos de pesadumbres.

ANT. No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito y no le faltarán proporciones mucho mejores que la que ha perdido.

AGUST. Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

ELEUT. La paciencia *(Se levanta con viveza)* la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

AGUST. Pero, hombre, que no has de reflexionar...

ELEUT. Calla, mujer, calla, por Dios, que tú también...

SER. No, señor; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo. Pero yo le aseguro al guarnicionero y a sus camaradas que si llegamos a pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted a mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido más sino que los de allá se han unido y...

ELEUT. Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que a mí me...

PEDRO. ¿Todavía está usted en esa equivocación?

ANT. *(Aparte a don Pedro.)* Déjele usted.

PEDRO. No quiero dejarle; me da compasión... Y, sobre todo, es demasiada necedad, después de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitación? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza y unas reglas que seguir y observar; que a ellas debe acompañar una aplicación constante y laboriosa, y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¡Qué!, ¿no hay más sino meterse a escribir, a salga lo que salga, y en ocho días zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro y ya soy autor? ¡Qué! ¿No hay más que escribir comedias? Si han de ser como la de usted o como las demás que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas, créame usted, se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observación continua, sensibilidad, juicio exquisito; y todavía no hay seguridad de llegar a la perfección.

ELEUT. Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no vale un cuarto, que he gastado en la impresión lo que no tenía...

ANT. No; la impresión, con el tiempo se venderá.

PEDRO. No se venderá; no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

ELEUT. Pues, vea usted: no se venderá; y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picarón de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenía, para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

PEDRO. Pero ahí no hay más que hacerles una obligación de irlos pagando poco a poco, según el empleo o facultad que usted tenga, y arreglándose a una buena economía.

AGUST. ¡Qué empleo ni qué facultad, señor; si el pobrecito no tiene ninguna!

PEDRO. ¿Ninguna?

ELEUT. No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; después me puse a servir a un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo y me metí a escribir comedias porque ese don Hermógenes me engatusó y...

MARIQ. ¡Maldito sea él!

ELEUT. Y si fuera a decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

ANT. ¿Cuántas tiene usted?

ELEUT. Cuatro, señor, que el mayorcito no pasa de cinco años.

PEDRO. ¡Hijos tiene! *(Aparte. Con ternura.)* ¡Qué lástima!

ELEUT. Pues si no fuera por eso...

PEDRO. *(Aparte.)* (¡Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo también he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazón de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?

ELEUT. Sí, señor; lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo..., porque

yo, señor, he sido paje..., allí, como digo, no había más mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso... Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y... ¡vaya!, ninguno ha tenido que...

PEDRO. Lo creo muy bien.

ELEUT. En cuanto a escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de Ortografía... Aquí tengo. Vea usted... *(Saca un papel y se lo da a don Pedro.)* Ello está escrito algo de prisa, porque ésta es una tonadilla que se había de cantar mañana... ¡Ay, Dios mío!

PEDRO. Me gusta la letra, me gusta.

ELEUT. Sí señor; tiene su introduccioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las...

PEDRO. No hablo de eso, hombre; no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

ELEUT. Ya.

PEDRO. Es menester que se deje usted de esas tonterías. *(Volviéndole el papel.)*

ELEUT. Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

PEDRO. Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condición precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna a que le han reducido a usted sus devaneos necesita, más que consuelos y reflexiones socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

ELEUT. Señor, ¿qué dice usted?

AGUST. ¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

MARIQ. ¿De veras?

PEDRO. Quiero hacer más. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar a un mozo de mérito, que entendía en el gobierno de ellas. Usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luego pue-

de usted contar con una fortuna proporcionada a sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte a hacer feliz el nuevo destino que a usted le propongo. Si cuida de su casa, si cría bien a sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber y cuanto conviene a una mujer de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedantón de don Hermógenes; porque, según se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la corte y... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazón muy compasivo.

MARIQ. ¡Qué bondad! *(Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse a los pies de don Pedro; él lo estorba y los abraza cariñosamente.)*

ELEUT. ¡Qué generoso!

PEDRO. Esto es ser justo. El que socorre la pobreza, evitando a un infeliz la desesperación y los delitos, cumple con su obligación; no hace más.

ELEUT. Yo no sé cómo he de pagar a usted tantos beneficios.

PEDRO. Si usted me los agradece, ya me los paga.

ELEUT. Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

AGUST. Hemos sido muy imprudentes.

PEDRO. No hablemos de eso.

ANT. ¡Ah, don Pedro, qué lección me ha dado usted esta tarde!

PEDRO. Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

ANT. Su carácter me confunde.

PEDRO. ¡Eh! Los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

ANT. ¿Quién no querrá ser amigo de usted?

SER. Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

PEDRO. Más lo estoy yo; porque no hay placer com-

parable al que resulta de una acción virtuosa. Recoja usted esa comedia. *(Al ver la comedia que está leyendo Pipí.)* No se quede por ahí perdida y sirva de pasatiempo a la gente burlona que llegue a verla.

ELEUT. ¡Mal haya la comedia! *(Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos.)* Amén. Y mi docilidad y mi tontería. Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

MARIO. Yo encenderé la pajuela.

AGUST. Y yo aventaré las cenizas.

PEDRO. Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instrucción le han hecho escribir disparates. El público le ha dado a usted una lección dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse!

TELÓN


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID